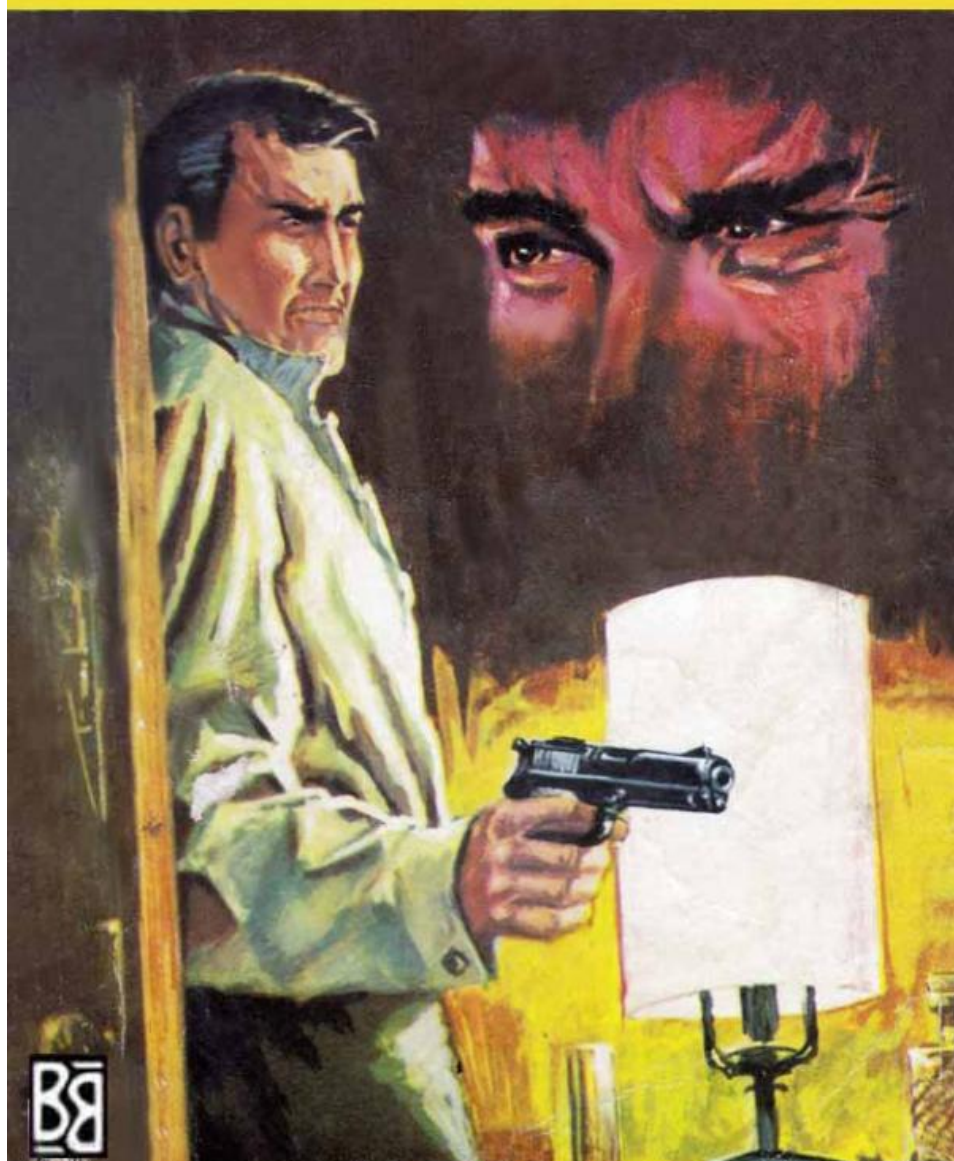




La Pagoda China

silver kane



LA PAGODA CHINA

LIZ

JOHNNY



altaviva

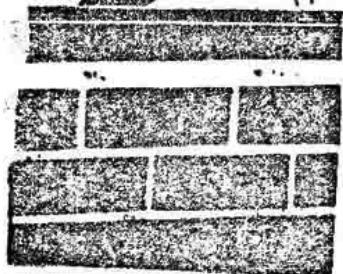


SILVER KANE



LA PAGODA CHINA

SERVICIO SECRETO n.º 823
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO
CARACAS



Depósito Legal B 5771 - 1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio 1966

© SILVER KANE - 1966
sobre el texto literario

© SALVADOR FABA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y ALTAMIRA - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
921 — Jinetes en la niebla.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
824 — El hombre de Little Rock
- En Colección SALVAJE TEXAS:
451 — La viuda de Satanás.
- En Colección KANSAS:
315 — Hijo de la muerte.
- En Colección BUFALO:
624 — Los ojos del buitre.
- En Colección ASES DEL OESTE:
365 — Un «traje de madera».
- En Colección CIRCULO ROJO:
215 — El cementerio de Brooklin.
- En Colección METRALLA:
49 — ¡Os ordeno morir!
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
185 — Desde esta tumba oscura...
- En Colección BRAVO OESTE:
220 — El jinete de Nebraska.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
19 — Rumbo al Más Allá.
- En Colección COLORADO:
409 — Los caballistas.
- En Colección CALIFORNIA:
459 — Vendo mi cadáver.

UNO

Liz contempló, desde la ventana de su habitación, en el lujoso hotel de la Serenidad, el magnífico espectáculo de la bahía de Hong Kong. El hotel de la Serenidad estaba situado en la eminencia de Victoria Peak, a unos seiscientos metros de altitud sobre la bahía. Desde allí, desde la habitación de Liz, se divisaba un soberbio panorama que abarcaba desde Causeway hasta los nuevos barrios industriales de Tsuan Wen, pasando por North Point, Stanley Village y Repulse Bay.

Pero lo que más llamaba la atención a la muchacha era el lejano Aberdeen, o barrio de los pescadores, con sus miles y miles de barcas, apretadas unas junto a las otras, con su niebla peculiar, con toda la belleza, el tipismo y la podredumbre de Oriente.

Pero desde su lujosa habitación, Liz no captaba la fealdad, sino sólo la mágica belleza de aquella tierra donde todo parecía resucitar eternamente.

Además empezaba a anochecer.

Una suave niebla flotaba sobre la bahía, y los miles de luces que se encendían por doquier hacían de ésta un espectáculo de una hermosura irreal, casi mágica.

Liz se volvió, para encontrarse de nuevo con los ojos brillantes y la papada grasienta del gordo comerciante chino.

—¿Pero aún no se ha marchado de aquí? ¡Le he dicho que se fuera!

El hombre gordo sonrió ladinamente.

Era un chino sin edad, como muchos de los que poblaban la Colonia. Un chino vendido al mundo occidental, y por tanto con los defectos de los dos hemisferios. Llevaba un traje blanco, muy bien cortado, y se hacía aire con un abanico de bambú parecido al que

usaría una mujer.

—No puede echarme, señorita Tucker —dijo con suavidad, en correcto inglés— porque soy uno de los accionistas más importantes de la sociedad propietaria de este hotel. Y porque usted debe ya la factura total de la última semana.

Liz se mordió el labio inferior.

Aquello era cierto, y no había contado con que el maldito chino lo supiese.

—Usted ha venido a preguntarme —dijo Liz con rudeza—, si me encontraba bien en esta habitación, y luego me ha ofrecido perlas orientales a precios increíblemente bajos. Estoy harta de la astucia de los comerciantes chinos. Le he dicho que se fuera y no lo ha hecho aún. ¿A qué espera? ¿Quiere que llame a la dirección del hotel? ¿Va a hacerme creer que es de verdad uno de los dueños?

Los ojos del oriental brillaban quietamente.

Era imposible averiguar lo que pasaba tras ellos, lo que estaba pensando aquel cerebro que parecía pertenecer a otro mundo.

Al fin él dijo:

—Es usted muy bonita, señorita Tucker. La he estado observando mientras miraba por la ventana.

—Si soy o no soy bonita, me es indiferente su opinión.

—Es que una mujer hermosa puede hacer muchas cosas en Hong Kong... sobre todo si necesita dinero.

Liz palideció.

Se daba cuenta, con una creciente irritación, hacia qué lado iban dirigidos los tiros del chino.

—No necesito su desinteresada ayuda, señor.

—Va usted vestida magníficamente. Se nota que es de buena cuna, y eso agrada sobremanera en según qué círculos orientales. No siempre se tiene a mano, incluso en la cosmopolita Hong-Kong,

una auténtica dama. ¿Qué decir de ese vestido blanco, tan ceñido a sus esculturales formas? ¿Y de esos diminutos zapatos, de tacón increíblemente alto? ¿Sabe que los chinos apreciamos como un detalle de fina belleza el pequeño tamaño de los pies de una mujer? Me permito decir también que nunca había visto unas piernas tan torneadas como las tuyas, ni unas medias de tanta calidad como las que las ciñen en este momento. Creo que podría hacer fortuna en la

ciudad, y convertirse en la verdadera reina de Hong-Kong, si usted fuera un poco razonable, señorita Tucker.

Ella repitió, por entre sus labios apretados:

—¡Váyase!

—Le advierto que puede ser expulsada de este hotel y además demandada por estafa. Tengo grandes amistades entre la policía inglesa.

—¡Váyase! ¡No tiene derecho a estar aquí un segundo más! ¡Márchese en seguida o seré yo la que llame a la policía!

El chino permanecía impasible, con la calma hierática e imperturbable propia de todos los de su raza.

Era evidente que no pensaba irse.

En aquel momento Liz creyó oír un ruido extraño en la habitación contigua.

Como si una mujer gimiese.

No era un lamento de dolor, sino de espanto, uno de esos gritos ahogados que de manera instintiva, y sin que se sepa bien por qué, adivina uno instintivamente que presagian la muerte.

Liz balbució:

—¿Qué ocurre?...

—No sucede nada.

La voz del chino había cambiado. Liz volvió la cabeza, sorprendida, y se dio entonces cuenta de que no sólo había variado su voz. El tipo gordo, antes tan untuoso y tan pacífico, empuñaba ahora una pistola.

—¿Pero qué es esto? —balbució Liz.

—Nada le importa.

El sonido en la habitación cercana se repitió. Hubo un leve rumor de lucha.

Y luego se reprodujo aquel gemido de muerte.

Liz fue a dirigirse a la ventana —pues aquélla era la parte en que se oían los rumores— y pronto el chino se abalanzó sobre ella.

Empuñaba la pistola como si quiera golpearla con la culata del arma. Pero no contaba con la agilidad de la muchacha, ni con los conocimientos de judo de ésta.

Liz le sujetó por la mano armada, lo volteó e hizo que la corpulenta humanidad del chino se estrellara contra el suelo. Luego

movió una pierna y le clavó el tacón derecho en la nuca. Lo hizo con cierta suavidad, para que el golpe no fuese mortal. El chino quedó quieto, con los brazos en cruz, y extrayendo una especie de baba rojiza por la boca.

Ya no sería obstáculo, al menos por largos minutos. Liz se aproximó a la ventana y miró entonces al exterior.

Una muchachita china de unos quince años iba a ser arrojada por la ventana de la habitación contigua.

Unos brazos masculinos, nervudos y rudos, la sujetaban, dominando sus esfuerzos desesperados y empujándola implacablemente hacia el borde de la ventana.

Liz fue a lanzar un grito, pero ni eso pudo hacer. El terror la dominaba.

Bruscamente se encontró ella misma saltando el alféizar y tratando de pasar a la habitación de al lado por el pequeño reborde que recorría de un lado a otro la fachada del edificio.

Una brutal sensación de vértigo la acometió.

Se dio cuenta, con brusco horror, de que estaba a ocho pisos de altura, y de que abajo había un suelo rocoso.

Un alarido largo, angustioso, infrahumano, brotó de la ventana, apenas a un paso de distancia de donde se encontraba ella.

La muchachita china acababa de ser lanzada al vacío.

Liz siguió con la vista la caída de su cuerpo, pese a saber que eso era lo último que debía habérsele ocurrido. Así la sensación de vértigo podía dominarla y caer ella también. Como obsesionada, siguió la parábola de aquel cuerpo hasta oír el ruido sordo, angustioso, el chapoteo mortal que produjo al estrellarse contra el suelo.

No era necesario preguntarse por la suerte de la infeliz muchacha.

Su cuerpo se había deshecho materialmente después del terrible choque.

Una fiebre de venganza, un deseo brutal de matar se apoderó de Liz. En determinados aspectos siempre había reaccionado como un hombre. Llegó de un ágil salto hasta la ventana contigua y entonces, sólo entonces, se dio cuenta de que había cometido un terrible error.

Ella estaba sola, en posición precaria, sin armas, y al menos dos

asesinos la estarían aguardando. No les importaría enviar al vacío a una persona más.

Cuatro brazos musculosos se tendieron hacia ella.

Vio los rostros de dos chinos occidentalizados, dos típicos clientes de los *cabarets* de Repulse Bay. Ambos bien vestidos, incluso elegantes, pero cuyos ojos brillaban y cuyos dientes rechinaban con un primitivo odio.

Liz se dio cuenta, demasiado tarde, de que no podría luchar.

Logró propinar un puntapié al rostro de uno de ellos, clavándole bajo un ojo la puntera de su fino zapato, pero el otro la empujó hacia el vacío con todas sus fuerzas.

La muchacha intentó sujetarse a algún saliente del edificio, a cualquier reborde de la ventana, a algo, por sencillo que fuera y que pudiese unirla a la vida.

Nada encontró.

Nada a lo que poder sujetarse, nada que evitase la terrible caída al abismo.

No se dio cuenta de que ella también gritaba.

No advirtió que su cuerpo ya braceaba en el vacío, que colgaba materialmente del aire, al borde del abismo.

Los dos hombres a la vez dieron ahora el último empujón.

Liz vio que el suelo giraba, que daba vueltas vertiginosas mientras ella caía entre un grito ululante. Vio pasar junto a ella la ventana del piso inferior, a una velocidad de espanto. Su cuerpo giró dos veces en el vacío. Con una sensación de irrealidad, de absurdo, se dio cuenta de que aquélla era la muerte.

De que su cuerpo iba a estrellarse, a deshacerse junto al de la pobre muchacha china.

* * *

Un brusco golpe hizo crujir todos sus huesos.

Liz se dio cuenta de que apenas había sentido dolor, y le asombró pensar que esto, al fin y al cabo, fuese la muerte tan temida. Más le maravilló aún darse cuenta de que captaba confusas realidades, de que podía seguir pensando.

«Los muertos no se van. Siempre se quedan junto a nosotros —le habían dicho años antes, cuando murió su madre—. Nos miran y nos oyen mientras lloramos junto a su ataúd, pero no pueden decir

lo que sienten».

Y he aquí que ella era una muerta.

De pronto la gente correría hacia ella, chillaría, los policías acudirían a rodear su cuerpo roto y ella lo vería todo, pero no podría hablar. Sólo esa diferencia había, entre la vida terrestre y el Más Allá.

De pronto la voz ronca dijo:

—Vamos, abra los ojos. ¿Puede respirar ahora? ¿Cómo se siente?

Una lucecita de alarma se encendió en el cerebro perturbado de Liz.

Diablos, aquello no era normal.

La verdad es que, cuando uno está muerto, no puede sentir tantas cosas.

Abrió los ojos de golpe y vio al hombre que estaba frente a ella. Aquel hombre se frotaba los brazos con gesto de dolor, y se los palpaba continuamente como si quisiera convencerse de que no se los había roto.

Rápidamente, con una sucesión de imágenes muy parecidas a las de las pesadillas, la muchacha se dio cuenta de muchas cosas más.

Por ejemplo, que estaba tendida en una alfombra.

De que aquella alfombra estaba a los pies de una ventana abierta, sin duda un piso o dos más abajo de la ventana desde la que ella había caído. Dos pisos, seguramente, porque recordó de pronto que había visto pasar una ventana durante su viaje al abismo.

Sus ropas estaban desordenadas, y tenían las piernas prácticamente al aire ofreciendo la visión de unas curvas que hubiesen mareado a cualquier hombre.

Liz se dio cuenta también de que estaba entera, y de que sólo sentía su cuerpo molido, lo cual era, al fin y al cabo, muy poca cosa teniendo en cuenta las circunstancias.

Bruscamente la idea casi increíble de que estaba viva penetró en su cerebro.

Lanzó un gemido.

—¿Qué pasa? ¿Es que se nota algo roto? —preguntó suavemente el hombre.

—No... No.

—Vaya, entonces los dos hemos estado de suerte. Por lo visto

mis huesos también han resistido el impacto.

—¿Quién es... usted?

—Un huésped del hotel. Me llamo Johnny.

—¿Cómo... ha podido salvarme?

—He oído los gritos de la muchachita china y he intentado sujetar a ella también, pero ha pasado demasiado lejos de mi ventana. Mire, aún tengo las uñas rotas a causa de que en mis dedos apenas han quedado unas briznas de sus ropas. Luego he oído su grito y me he dado cuenta de que en este hotel los lanzamientos se hacían en serie, más o menos como en Cabo Kennedy. Con usted he tenido más suerte.

Le tendió la mano para ayudarla a incorporarse.

—Vamos, levántese. Si sigue ofreciéndose esa maravilla de paisaje, el que saltará por la ventana seré yo. Además, no estaré seguro de que se siente bien hasta que la vea en pie.

Liz trató de cubrirse apresuradamente las piernas.

Aún se sentía aturdida.

En el hotel se oían gritos en todos los idiomas, pero por lo visto nadie tenía aún una idea clara de lo sucedido, a causa de la rapidez de los acontecimientos.

La muchacha se puso en pie, y vio que sus piernas aún la sostenían. Sólo sentía vértigo y una débil náusea.

El dijo:

—Magnífico, magnífico... Veo que se encuentra mejor de lo que pensaba. Siéntese ahí, por favor. Le prepararé un *whisky* doble.

Liz se dejó caer en una de las butacas de la habitación, materialmente rendida, como si hubiese estado acarreado piedra durante horas y horas.

Miró con sorpresa al hombre, al extraño desconocido que la había salvado, mientras le preparaba en un vaso un largo chorro de *whisky* puro.

Era joven, indudablemente. Debía tener unos veintiocho o treinta años. Sus músculos bien entrenados se marcaban bajo la elegante camisa de *smoking* que vestía. Llevaba pantalones oscuros, de excelente corte, y también de *smoking*. La chaqueta blanca correspondiente al conjunto destacaba sobre una silla. El hombre era rubio, de ojos claros y limpios, y tenía ese cierto aire indefinible de aventurero internacional que se suele encontrar en las portadas

de los magazines y las revistas y las carteleras de películas de acción. Sin duda resultaba un hombre muy atractivo, pero ahora a Liz no le importaba eso.

Pensaba en el horror que acababa de vivir, y cuyas causas aún no lograba explicarse.

El se acercó con el vaso.

—Beba. Luego hablará.

Liz bebió ávidamente, no porque tuviera sed sino porque necesitaba de verdad algo que la alentase. Poco a poco, el licor puro pareció ir fundiéndose en su sangre.

Se sintió más animada, y pudo incluso dirigir una sonrisa a su inesperado salvador.

—No sé cómo agradecerse, Johnny... Yo...

—Si quiere agradecerme la cosa de algún modo, sonría otra vez y deme su nombre.

—Me llamo Elizabeth, pero mis amigos me llaman Liz.

—De acuerdo, Liz... Y ahora cuénteme lo sucedido.

—Casi no lo sé ni yo misma...

—Yo menos.

—Todo empezó hace unos minutos de una forma muy sencilla —susurró ella, después de inspirar aire fuertemente para terminar de tranquilizarse—. Un individuo grueso, un chino occidentalizado de Hong-Kong,

se presentó en mi habitación y me preguntó si me encontraba a gusto en el hotel. Luego, rápidamente, me ofreció perlas naturales a precios ventajosísimos. Yo me he empezado a dar cuenta ya de la astucia de los comerciantes chinos, que venden sus artículos entre los despistados clientes de los hoteles de lujo. Pero éste, por lo visto, era distinto. Cuando le rogué que se fuera, permaneció en la habitación. Creí que se había marchado cuando le volví la espalda, acercándome a la ventana. Pero luego las cosas se complicaron. Sacó una pistola e intentó golpearme cuando escuché un ruido sospechoso en la habitación contigua.

Liz silenció el hecho de que el chino le hubiera hablado de su belleza y de lo bien que lo podía pasar en Hong-Kong

una mujer que tuviese unas piernas como las suyas.

Johnny susurró:

—Ese tipo no vino por casualidad. Quería asegurarse de que la habitación inmediata a aquélla desde la que fue arrojada la muchacha estaba vacía, y al encontrarte a ti pretendió entretenerte. Lo que quería era que no intervinieses ni dieras la alarma. Aunque supongo que cometió un error al ponerse nervioso y sacar la pistola. Sus jefes, fueran quienes fuesen, le habrían ordenado que obrara con más astucia. Pero le disculpo, porque tú eres una mujer de las que ponen nerviosos a los hombres.

Liz sonrió débilmente.

No sabía bien por qué, pero de aquel hombre se desprendía una sensación de fortaleza y de serenidad que la tranquilizaba.

—No hay duda de que tenían acorrada allí a la muchachita y querían matarla —continuó—. Lo prepararon todo de modo que el hecho llamara la atención lo menos posible.

—Pero... yo sólo la vi fugazmente... Me di cuenta, sin embargo, de que no podía ser una huésped del hotel. Iba mal vestida, y aquí todos los clientes son gente de posición.

—Precisamente —dijo Johnny, mientras encendía un cigarrillo—. Sin duda la chiquilla se ocultó aquí por algún motivo que aún desconocemos, pero que debía ser vital para ella. Los chinos son muy astutos y muy sufridos, y entró oculta en un pequeño cajón de mercancías. ¿Quién sabe? El caso es que esos individuos tenían una coartada casi perfecta. A veces entran ladronzuelos en estos hoteles, y la chica podía pasar por uno de ellos. Dirían que ella fue sorprendida mientras robaba, que intentó huir por la ventana y cayó. Un crimen sin complicaciones y mucho más seguro de lo que parece a primera vista. Lo único que hacía falta era que nadie oyera ruidos sospechosos o frases delatorias desde las habitaciones cercanas. Una de ellas debía estar vacía, efectivamente. En la otra te encontrabas tú, y el chino tenía por misión retenerte allí.

—¿Pero por qué la mataron? ¿Qué peligro podía representar para unos hombres ricos una pobre y harapienta muchachita china?

—Eso lo averiguaremos fácilmente —dijo Johnny—, pero no aquí. Hay que salir del hotel para enterarse de lo que pasa en el mundo. Además nos conviene estar lejos cuando la policía empieza con sus molestas y rutinarias investigaciones. Vamos, Liz. La invito a cenar en el restaurante más sucio de Aberdeen. Es un sitio ideal para despertarse después de haber estado en las fronteras del otro

mundo.

* * *

El restaurante era el típico local canalla de Aberdeen, el barrio de pescadores de

Hong-Kong,

pero se había puesto de moda, y la gente elegante iba allí a dejarse el dinero a manos llenas.

Sin embargo el sitio valía la pena.

Conservando todo su ambiente rufianesco, la cocina china era de primera calidad, y el público estaba compuesto por los turistas más adinerados de la colonia. Algunos policías que parecían clientes vigilaban con discreción para que la honorable calma de los honorables comensales no fuese perturbada.

Johnny encargó una cena ligera, pero de primera calidad, y procuró que durante ella la conversación girara en torno a temas indiferentes, para que Liz no recordase las terribles escenas que había vivido poco antes. Sabía bien que el recuerdo del cuerpo roto de la muchachita china no le hubiese dejado probar bocado.

Sin embargo, notó que Liz comía con poco apetito y a la fuerza. Sólo bebía abundantes vasitos de sake, como para enturbiar sus pensamientos.

Al terminar, Johnny pagó en dólares de

Hong-Kong

una abultada cuenta y dejó una generosa propina sobre la mesa.

—Ahora te invito a dar una vuelta —dijo—. Hay muchos sitios de la ciudad que no debes conocer aún.

—¿Qué sitios?

—Los *cabarets* y los locales de «fan-tan».

—¿Es así cómo averiguaremos lo ocurrido a aquella niña?

—Debes tener paciencia.

Johnny parecía trazarse un plan de acción poco a poco. O parecía querer ganar tiempo. Ése era un punto que Liz no comprendía aún, pero se dejó llevar por el hombre.

Despreciando los «riskhawks» que aguardaban a la puerta del establecimiento y en las callejas adyacentes, tomaron un taxi que les condujo a la zona de Kowloon. Allí abundaban las casas de

juego, los garitos y los burdeles donde entraban hombres y mujeres, considerando estas últimas el local como una atracción turística más. Había también pequeños cines donde se exhibían «películas azules», o pornográficas, con sonido y con colores. Liz no había frecuentado nunca aquella zona, porque le habían dicho que resultaba peligrosa para una mujer que no fuese acompañada.

En cambio Johnny parecía conocer aquello muy bien.

Se movía con desenvoltura en aquel ambiente, y sus ademanes recordaban al hombre de mundo para quien nada resulta extraño.

La casa de

«fan-tan»

donde entraron era enorme, y había en ella varios pisos repletos de gente.

El juego que Liz no había presenciado nunca, era en parte encantador y en parte infantil, pero el dinero se perdía en él alegre e inevitablemente.

Sobre una gran mesa había un rectángulo dividido en cuatro zonas y señaladas cada una de ellas con su número correspondiente, 1, 2, 3 y 4. Los jugadores colocaban sus apuestas en el número elegido.

Seguidamente una muchacha que hacía las veces de *croupier*, casi siempre una china de gran belleza, llenaba un cubilete de botones y los derramaba ante ella. En el cubilete podían caer una vez ocho o diez botones más que otra, de modo que era prácticamente imposible saber el número exacto de los que habían sido recogidos en él. Por medio de una finísima raqueta, la *croupier* iba separando los botones de cuatro en cuatro, hasta que quedaban los cuatro últimos, en cuyo caso era éste el número que había ganado. Si quedaban tres, era el tres, si dos el dos y si uno el uno, naturalmente. Lo curioso era que la *croupier* cuando sólo estaba separada la mitad de la pila de botones, decía ya en voz alta cuántos de éstos iban a quedar, y por consiguiente qué número iba a resultar ganador. A pesar de lo difícil que era un cálculo tan meteórico sin más ayuda que la de los ojos, no se equivocaba nunca.

Todo el mundo perdía, y sin embargo, Johnny ganó.

Ganó cien dólares de

Hong-Kong

ante una sonrisa enigmática de la hermosa empleada china.

Luego salieron de allí.

Lockhard Street tenía un aspecto canallesco a la luz turbia de la noche, con sus mil rótulos multicolores que anunciaban al público extraños placeres, sus tugurios, y sus clientes, occidentales o chinos, borrachos ya y tumbados sobre el asfalto.

—Ha dado la sensación de que sabías que ibas a ganar —susurró Liz—. Se te veía muy seguro.

—Lo estaba.

—¿Cómo es posible?

—Cuando aún faltaban unos cuarenta botones, la *croupier* se dio cuenta de que iban a quedar cuatro en el resto, y yo había apostado al tres. Cantó entonces el número ganador, el tres, mientras levantaba los dedos correspondientes de la mano derecha. Entretanto, con la izquierda, separaba hábilmente cinco botones en lugar de los cuatro que correspondían, y así quedaba en el montoncito uno menos. Con todo el mundo pendiente de su señal, nadie advirtió la anormalidad. Así gané.

—Entonces esa chica...

—Es una gran amiga mía —dijo Johnny con toda naturalidad—. Deliciosa en toda clase de juegos, incluso en los del amor. Se llama Chei-Li.

Liz no supo bien por qué, pero sintió rabia.

Le molestaba hasta lo más hondo que Johnny, estando con ella, le hablara de sus amoríos y sus complicidades con otra mujer.

De pronto aquel hombre inexplicable le hizo otra confesión bien inesperada.

—Necesitaba ese dinero —susurró—. No sé si ello me sirve de disculpa, pero de otro modo no hubiese podido pagar el hotel.

—¿Cómo... es posible?

—No soy lo que parezco. Tú habías pensado hasta ahora que era un caballero, ¿no?

—Un caballero no, pero sí un hombre rico.

—Hace seis meses que no tengo un níquel ganado limpiamente. De todos modos voy trampeando por Hong-Kong, y no puedo negar que me doy la gran vida. Ésta es la ciudad de las mil oportunidades.

—¿Y por eso no te mueves de aquí?

—No. También hay otra razón.

—¿Cuál?

—Busco a una mujer. Una mujer estupenda pero que cometió un crimen hace meses —explicó Johnny sencillamente.

* * *

Ella estuvo a punto de decirle la verdad.

Sintió la tentación casi irresistible de decirle que estaba ya en el límite de sus posibilidades y que no estaba en su mano abandonar el lujoso «Hotel de la Serenidad» precisamente porque no podía pagar la cuenta.

Pero de pronto él cortó el hilo de aquellos pensamientos con otra de sus inesperadas frases.

—He tomado una decisión —declaró—. Vamos al depósito de cadáveres.

—¿Adonde?

—Al depósito de cadáveres. He estado haciendo tiempo para tener la seguridad de que ya habrían trasladado allí el cuerpo de aquella muchachita. Ahora es un momento excelente para una visita macabra —consultó su reloj—. La una y media de la madrugada.

Hizo parar a otro taxi y los dos se dirigieron en él al extremo sur de la bahía, donde había un edificio gris, viejo, que recordaba el extinto esplendor de la época victoriana. Aquel edificio tenía un especial aire siniestro y estaba envuelto en sombras.

Johnny despidió el taxi.

—Es aquí —susurró, cuando hubieron quedado solos y envueltos por la penumbra—. Creo que podremos entrar con facilidad.

—Pero... debe estar prohibido.

—También está prohibido arrojar a las chicas guapas por las ventanas, y la gente lo hace.

Se encaminaron a una puertecilla débilmente iluminada, en cuyo umbral un chino esquelético fumaba una larga pipa.

—¿Es que no hay fumaderos de opio decentes para que pueda ir a ellos un honrado padre de familia como tú? —Gruñó Johnny—. ¿Necesitas fumar eso en la calle?

El chino estaba medio adormilado, o lo parecía solamente. En realidad le contemplaba con fijeza por las rendijas de sus ojillos.

—En horas de trabajo no puedo ir al fumadero —dijo—. Por eso aprovecho. ¿Qué es lo que quieres?

—Entrar.

—Está prohibido. Ahora es de noche. Si quieres hacer una identificación vuelve mañana. Entonces la policía estará aquí. Yo sólo cuido la puerta para no dejar entrar ni salir a nadie.

—¿Salir? ¿Cómo van a salir los muertos, so bestia?

—Uno nunca sabe.

Johnny le puso diez dólares coloniales en la mano.

—Buen viaje —masculló el fumador de opio—. Si ven alguna chica guapa que esté viva, avísenme.

—Si la encuentro me la quedaré yo —susurró Johnny—. Pedazo de animal, ¿para qué crees que te he dado diez dólares?

DOS

Toda la podredumbre y la tragedia humana de Oriente, donde la vida del hombre tiene escasísimo valor porque abunda demasiado, quedaba plasmada en aquellas hileras de mesas donde en cierto modo se apilaban los cadáveres. Cada una de las mesas estaba ocupada por dos o hasta tres de ellos. Hasta después de muertos tenían que vivir apretados los chinos. A pesar del meticuloso orden inglés, la Corona no había podido impedir que

Hong-Kong

fuera una colonia donde se producían numerosos accidentes mortales, donde las riñas callejeras abundaban, donde casi cada mañana eran sacados silenciosamente de los tugurios, cadáveres frescos metidos en los grandes cubos de basura. Todos los cuerpos que nadie reclamaba y de los que nadie volvía a preocuparse jamás iban a parar allí, y aguardaban durante días y días envueltos en una irresistible atmósfera de alcohólico fórmico, hasta que los restos iban a la sala de disección o a la fosa común del inmenso cementerio.

Liz, que nunca había estado en un sitio semejante, pese a su profesión de enfermera, sintió que sus rodillas vacilaban y que estaba a punto de caer.

—No es un sitio ideal para visitarlo después de una cena —susurró Johnny—, pero era necesario. Acompañame.

La sala estaba débilmente iluminada por luces de neón colocadas de trecho en trecho. La carne amarilla tenía una monstruosa palidez bajo los efectos de aquella luz espectral. Todas las formas y todos los horrores de la muerte violenta se extendían ante los ojos de los dos nocturnos visitantes.

Liz trató de vencer los lúgubres pensamientos que ahora la acometían.

—No comprendo cómo en un sitio oficial puede haber un vigilante drogado —musitó.

—No es el vigilante. El de turno debe haber ido a visitar a alguna amigueta o a beberse unas copas de «sake», y ése le sustituye por dos miserables monedas. Por la noche no es de temer una inspección, pero si ocurriera algo raro ese chino desaparecería como perseguido por el diablo.

Caminaron por entre las mesas. Liz procuraba no mirar, pero su sensación de angustia y de vértigo aumentaba por instantes.

Al fin la fuerte mano de Johnny la detuvo.

—Mira.

Ella abrió los ojos. La muchachita china, o al menos lo que quedaba de ella, estaba allí. Liz se dio cuenta ahora de que no debía tener más allá de dieciséis años. Debió haber sido muy bonita, pero ahora su cuerpo roto yacía en una postura grotesca. Su cara estaba aplastada. La cabeza tenía una inclinación anormal, lo que indicaba que se había roto también el cuello al caer sobre la calle.

Liz musitó:

—Ha sido... un asesinato miserable.

—Por eso mismo tengo interés en resolverlo.

—¿Que puede aclararte ese cadáver? ¿Qué datos puedes obtener de él?

—En primer lugar, basta verla para saber que es una de las miles de muchachitas miserables que viven en los sampanes, o casas flotantes, de la bahía. Sus vestidos son pobres y están sucios. Tiene el aire desnutrido de los que en toda su vida no han probado más que pequeños puñados de arroz. Sin embargo, en circunstancias normales, hubiera sido una mujer extraordinariamente bonita.

—¿Qué es lo que hacía entonces en un hotel de lujo?

—Eso es lo que tendré que averiguar.

Johnny tocó las ropas de la muerta. Lo hacía con cuidado, como si temiera profanarla, pero sus dedos largos y hábiles, propios de un jugador profesional, llegaban hasta las junturas de aquellas ropas. A la pobre muchacha no la habían tocado aún para la autopsia, que sin duda se realizaría al día siguiente, por lo cual estaba tal y como fue recogida de la calle.

Si entonces llevaba algo interesante, era probable que aún lo conservara encima.

Los dedos de Johnny tropezaron con algo, con un pequeño objeto metálico escondido entre las prendas más íntimas de la muerta. Lo extrajo.

Era un tubito de *rouge* para labios, pero no era eso lo que contenía. Al abrirlo, Johnny vio que estaba lleno de un polvo fino, suave y blancuzco.

Impregnó de éste las yemas de sus dedos y se los acercó a las fosas nasales, mientras hacía un gesto de haber comprendido.

Pero esa mueca duró poco. En seguida Johnny tuvo que ocuparse de algo mucho más importante.

TRES

Una sombra parecía haber surgido del mismo suelo. Una silueta alta y lúgubre se proyectó sobre los dos mientras una voz ordenaba suavemente en chino:

—Quietos los dos. Un solo movimiento y os deshago la cabeza.

Aunque Liz no entendía más que unas palabras de chino, aquello lo comprendió a la perfección. El gesto del desconocido, la «Luger» que empuñaba en la derecha y la misma situación, eran más que elocuentes.

Johnny alzó apenas los brazos.

El desconocido era un oriental de unos veinticinco años, alto y sinuoso como un reptil. Debía ser un individuo dotado de gran agilidad, y sin duda un buen tirador. Estaba muy cerca, de modo que no se podían gastar bromas.

—Ignoraba que los vigilantes de la Morgue fueran aquí tan expeditivos —susurró Johnny.

—No soy un vigilante.

—¿Entonces qué quiere?

—Más valdrá que me digan qué es lo que buscan ustedes. Aunque no va a hacer falta...

Johnny entrecerró los ojos. Se daba cuenta de que el individuo iba a disparar, de que iba a balearles a los dos allí mismo. La verdad, aquello no parecía lógico ni entraba en las reglas del juego. Ni siquiera en una enigmática ciudad de Oriente se puede matar a uno sin que al menos sepa por qué.

—¿Quién le envía? —susurró Johnny.

—Eso no importa.

—Oiga, amigo, podríamos ser razonables. ¿Cuánto le pagan por hacer esto? ¿No ganaría más si yo le pagase una contraoferta?

—En

Hong-Kong

todo se compra y se vende, pero yo no.

Johnny dijo con suavidad:

—Cierto, amigo, tú no te compras ni te vendes. Tú haces algo peor.

Bajó las manos con un movimiento centelleante, mientras decía con voz silbante:

—Te mueres...

Lo que sucedió a continuación le produjo a Liz el efecto de una increíble pesadilla.

CUATRO

En el suelo, junto a la mesa, según Liz pudo ver más tarde, había un gran recipiente con aldehído fórmico, donde reposaban algunos restos humanos que por alguna causa interesaba conservar. Johnny tomó aquel receptáculo, mientras se inclinaba con una rapidez meteórica, y la bala pasó rozando su hombrera derecha. Un segundo después, el penetrante líquido y los restos que reposaban en él, habían sido lanzados contra el rostro del desconocido.

Éste emitió un alarido, al sentir aquellas materias resbalando sobre su piel, y el líquido de acre olor le irritó las fosas nasales y le hizo lagrimear intensamente, dejándole durante algunos instantes como un verdadero ciego.

Pero aún conservaba la pistola en la derecha, y tiró otra vez con ella, aunque al azar.

Johnny saltó limpiamente por encima de la mesa, cayó junto a él y le retorció el brazo, haciéndole soltar el arma. Luego, antes de que el otro pudiera rehacerse, le aplicó con los dos antebrazos una terrible presa de cuello.

Liz gimió:

—No...

Se daba cuenta de lo que iba suceder si el otro se resistía y obligaba a Johnny a forzar la presa.

Y eso fue exactamente lo que sucedió. El chino trató de escapar y de recuperar su arma. Se oyó un terrible chasquido de huesos y de pronto quedó inerte, flácido, como un muñeco, con el cuello roto.

Johnny se palmeó las manos.

—Lo siento —dijo—, a veces uno, sin querer, aprieta demasiado.

—Menos mal que reconoces... que ha sido... sin querer.

—Claro..., yo pensaba apretar menos... Quería que el tipo

durase algo más. Ha muerto sin darse cuenta.

Ella silabeó despreciativamente:

—Eres un salvaje...

Johnny no se inmutó ante aquel insulto. Hizo un gesto a Liz y se dirigió hacia la puerta. La muchacha comprendió que no le convenía resistirse porque no tenían un segundo que perder. De un instante a otro podía ser dada la alarma.

Al pasar junto al tipo de la pipa de opio, ya en la salida, Johnny masculló:

—¿Por qué le has dejado pasar? Yo te había dado diez dólares...

—El me dio veinte —dijo filosóficamente el chino.

Y siguió fumando.

CINCO

Los dos hombres que entraron aquella mañana en el despacho del superintendente Donovan podían ser considerados de muchos modos, pero el hombre que más les cuadraba era el de agentes especiales. Un hombre que puede no significar nada o detrás del cual puede haber todo un universo de horror y de crimen.

Los rostros de los dos hombres eran impenetrables.

Contarían unos treinta años cada uno, y vestían de parecido modo: delgadas gabardinas color claro, trajes de media estación bien cortados y zapatos negros. El superintendente Donovan sabía que aquella clase de agentes estaban condenados a no llevar trajes demasiado livianos, aunque hiciera calor, debido a que sólo un traje relativamente espeso es capaz de disimular el bulto de la funda axilar, con la poderosa pistola de cañón extralargo y ocho balas de nueve milímetros.

Los dos hombres se sentaron ante él.

Se estaba bien en aquel despacho, junto a la gran ventana desde la que se divisaba casi la mitad de la gran bahía. Estaba lloviznando, y la temperatura había refrescado mucho.

—Celebro verles —dijo Donovan—. Supongo que son ustedes Stick y Baynes.

Los dos, con un gesto idéntico, como si fueran un solo hombre, mostraron sus credenciales.

—Me han sido recomendados de un modo especial porque tienen experiencia en esta clase de trabajos —dijo Donovan—. ¿Cuál ha sido su última misión?

—Trabajamos como hombres especiales de la SEATO contra los piratas que llegaban hasta el mismo puerto de Manila —dijo Stick—. Seguramente habrá oído hablar de lo que sucedió hace veinte

días: hicimos una matanza. No fue muy legal, pero evitamos complicaciones a la justicia. Treinta de ellos fueron sujetos a la cadena de un ancla y lanzados a los tiburones.

—Antes —añadió Baynes, con rostro imperturbable—, habíamos trabajo también contra los piratas de la zona de Macao. ¿Qué podemos decirle que usted no sepa, superintendente? En determinados aspectos, esta zona está igual que hace cien años, con la diferencia de que ahora los piratas emplean lanchas rápidas y se camuflan unas veces como chinos rojos y otras como chinos nacionalistas. Algunos barcos habían sido asaltados, produciéndose víctimas entre los pasajeros, y recibimos orden de acabar con eso. Pudimos reunir a toda una banda en una lancha rápida, y la hicimos estallar entre dos islas.

—Tampoco eso fue muy legal —susurró Donovan, mientras tragaba saliva lentamente.

—Fue práctico —dijo Stick.

A Donovan no le gustaba trabajar con la ayuda de aquella clase de agentes especiales, gentes que cobraban de la policía pero no estaban en su nómina, ni tenían obligaciones disciplinarias, ni apenas código moral. De tarde en tarde —pero en Oriente con mucha frecuencia— se les llamaba para un trabajo determinado. Ellos lo resolvían a su modo y luego la policía arreglaba los datos de la manera más convincente para la Prensa y el público. Aquella clase de hombres habían sido casi enteramente desterrados de Europa, pero seguían siendo imprescindibles en los nuevos países de África y, sobre todo, en los avisperos orientales.

—Lo que tengo que encargarles también deberán procurar resolverlo por métodos expeditivos y prácticos, pero al decir eso no me refiero necesariamente a muertes en cadena —explicó Donovan—. No olviden que estamos en el enclave británico más civilizado de Oriente. Cualquier culpable que no ofrezca resistencia debe ser entregado a las autoridades. Si alguno de ellos pone en peligro su vida, están ustedes autorizados para defenderse.

Stick rió en silencio.

—Comprendido —dijo—. No puede usted imaginarse la cantidad de gente que pondrá en peligro nuestra vida y lo bien que nos «defenderemos». ¿Pero de qué se trata?

Donovan extendió sobre la mesa un gran mapa de la colonia, en

el que se veían perfectamente marcados los límites fronterizos con la Chica Comunista.

—Del mayor cargamento de drogas que jamás haya salido de las fronteras de Mao-Tse-Tung —explicó—. No sabemos cómo, pero al parecer una gran red de distribuidores chinos consiguieron hacer entrar en

Hong-Kong

un alijo que podemos considerar valorado en treinta millones de dólares USA, considerando el valor que la mercancía alcanzará cuando sea distribuida al por menor entre los consumidores de América. Ese cargamento se encuentra ahora en

Hong-Kong,

en algún lugar de la zona portuaria, y va a ser sacado de aquí, aunque ignoramos en qué buque. Es de suponer que los innúmeros barcos chinos de pesca, los juncos y los sampanes no son ajenos a esta maniobra. Lo registramos todo escrupulosamente, pero estamos seguros de que la mercancía se filtrará por entre nuestros dedos sin que nos demos cuenta. El asunto debe tener importancia, y alguien está poniendo nerviosos a los delincuentes, porque ya se han producido dos muertes.

—¿Dos?

—Sí. Una muchachita china, de las que viven miserablemente en los sampanes de Aberdeen, fue arrojada desde una alta ventana del «Hotel de la Serenidad» en la aristocrática zona de Victoria Peak. Supimos que tenía algo que ver con ese tráfico de drogas porque en su cuerpo, cuando esta mañana fue bien revisado en la Morgue, se encontró un tubito de *rouge* de labios conteniendo cocaína. Junto a su cuerpo fue hallado el de un asesino a sueldo bien conocido en Hong-Kong,

y que ya otras veces ha estado mezclado en el tráfico de «mandanga». Alguien le había roto el cuello.

En aquellos momentos Donovan ignoraba la existencia de Johnny, como también la de Liz. No sabía tampoco que Johnny había olvidado el tubito de *rouge* después de liquidar al chino, sencillamente porque Johnny también fallaba y no había podido acordarse de tantas cosas al mismo tiempo.

Stick y Baynes se miraron.

—¿Es eso todo?

—Por supuesto.

—Supongo que se habrá hecho hablar al vigilante nocturno de la Morgue.

—El vigilante titular había tenido que ausentarse repentinamente porque su esposa estaba enferma. Hemos comprobado ese punto. El tipo que le sustituyó estaba completamente empapuzado de opio. No sabía ni de qué le hablábamos.

—¿Y los del «Hotel de la Serenidad»?

—No se ha podido comprobar desde qué ventana cayó la pequeña. Todas nuestras investigaciones, hasta el momento han sido inútiles.

Donovan encendió un cigarrillo, después de ofrecer a los dos agentes, y continuó:

—Ustedes tiene vinculaciones con los bajos fondos de la ciudad. Es ahí donde hemos de obtener las pistas. Actúen a su modo e informen cada día. Eso es todo, señores.

Los dos agentes se pusieron en pie.

Sin una sola palabra, sin un saludo, salieron del despacho.

Donovan se les quedó mirando con cierta expresión de intranquilidad. No le hubiera gustado estar en la piel de los tipos a quienes aquellos dos hombres iban a buscar. No habría querido enfrentarse a sus pistolas de cañón extralargo. Estaba seguro de que iban a hacer una matanza.

* * *

Liz despertó y se desperezó voluptuosamente.

La parecía milagroso estar viva, le resultaba increíble que su existencia continuara plácidamente en aquel lugar privilegiado de Hong-Kong,

a pocos pasos de la ventana desde la que había estado a punto de estrellarse contra el suelo.

Saltó del lecho, fue al cuarto de baño y se colocó bajo la ducha.

Poco a poco, mientras iba recobrando la plena conciencia de sus actos, se iba asustando más y más de aquella extraña aventura. Y más increíble le parecía que siguiera con su hermoso cuerpo intacto, que no le hubiese ocurrido nada aún.

Por supuesto, Johnny había hecho averiguaciones sobre los

ocupantes del cuarto contiguo. Aquella habitación estaba sin alquilar. No cabía duda de que la muchachita fue acorralada en ella por personas que vivían en el mismo hotel, pero quizá en otro piso. Y cada día había un trajín de docenas de personas en aquella casa de la serenidad.

Tampoco sabían nada del falso comerciante chino. Aquí las sonrisas orientales de los conserjes se habían vuelto estereotipadas. ¿Habían molestado a la honorable cliente? ¿Se había atrevido a insinuar algo que sobrepasara los límites de la discreción? ¿Cuándo quería la honorable cliente que le pasaran la nota de lo que debía al hotel?

Liz, mientras salía de la ducha, tuvo una sensación de vértigo.

Ni ella poseía un dólar, ni Johnny, al parecer, estaba en mejor situación. Éste no era más que un aventurero, y sus ingresos procedían del juego del «fan-tan»

y de sus misteriosas complicidades con las *croupiers* chinas. A Liz le molestaba estar unida a él en aquel sentido, pero comprendía que era la única persona que en

Hong-Kong

podía ayudarla.

Habría tomado el primer barco caso de tener dinero para saldar la cuenta del hotel, pero ni ese recurso le quedaba.

Mientras estaba pensando en ello, la puerta se abrió, a pesar de que estaba cerrada con llave. Alguien había empleado con la mayor naturalidad una ganzúa.

Liz, casi completamente desnuda como estaba, sólo cubierta en parte por la toalla del baño, se quedó de piedra al ver entrar a Johnny en la habitación.

Éste vestía ahora zapatos blancos, pantalones del mismo color y un fino *pullover* negro que realzaba su recia musculatura.

No pareció impresionarle demasiado el maravilloso cuerpo de Liz. Ésta se cubrió apresuradamente, lanzando incluso un gritito para que no faltase ningún detalle, pero en el fondo se sintió decepcionada. «Ni que ese imbécil estuviera acostumbrado a ver cosas mejores...», pensó.

Johnny dijo tranquilamente:

—Vamos, tienes que vestirte. Hemos de salir cuanto antes y

hacer unas averiguaciones en el puerto.

—¿En... el puerto?

—Si las cosas son como yo imagino, aquél es el único sitio donde tal vez podamos hallar algo.

—¿Y qué es lo que tú imaginas?

—Que se trata de un contrabando de drogas. Pero de un cargamento gigante, de esos que ponen la piel de gallina. La muchachita china debió averiguar dónde estaba y debió saber también que uno de sus dueños vivía en este hotel. Los sitios donde se puede meter un chino de menos de quince años, son inverosímiles. Ni los gatos se meterían a veces a los rincones donde ellos llegan. Se presentó aquí y quiso hacer un chantaje, pero eso le costó la vida.

Encendió un cigarrillo, mientras añadía:

—Tal cosa significa, ni más ni menos, que hemos de inspeccionar cerca de los lugares donde vivía la niña. Pero no exactamente en el «sampan» en que estaba su vivienda. La familia nada dirá. Por cierto, a lo mejor hay tiros.

—¿Y por qué he de ir yo?

—Porque tú viste al chino que te dijo que tenías las piernas bonitas, nena. Yo no lo vi, aunque los dos pensemos lo mismo.

—¿Y crees que allí vamos a encontrarlo?

—Es una posibilidad.

—Te advierto, Johnny, que a mí no me gustan los disparos.

—Tampoco a mí me agrada esa toalla que te has puesto encima, y me agunto. Si los tiros no te gustan ponte algodón en los oídos, nena. Hala, a la calle. Lástima que hoy haga un poco más de fresquito, porque sino podrías venir así mismo.

Los sampanes se alineaban, se mezclaban, formaban verdaderos racimos en las orillas. Una verdadera ciudad flotante vivía y procreaba allí entre millones de insectos, sobre el agua fétida, a unos pasos de los prósperos Bancos y de algunos de los edificios más confortables y lujosos de Oriente.

Liz susurró:

—Estoy rendida, no puedo más. Y aquí no se ve nada...

Era mucho lo que se veía, pero precisamente ello impedía encontrar algo que tuviera relación con lo que buscaban. Docenas y docenas de hombres y mujeres se cruzaban con ellos, yendo y

viniendo en todas direcciones. La ciudad vibraba. Una masa humana sin identificar, inmensa, aplastante, los cercaba por todas partes.

—Nos toman por turistas —susurró Johnny—. Bueno, es eso lo que nos conviene. Espera...

Algo parecía haberle llamado la atención.

Dos hombres altos vestidos con ropas oscuras, acababan de descender de un automóvil gris al lado mismo de la orilla. Era la hora de mayor animación. Los dos individuos caminaron unos pasos solamente, hasta llegar al borde del agua.

Su actitud había llamado la atención a Johnny.

Parecía como si adivinara sus pensamientos.

—¡Cuidado! —gritó.

Dio un empujón a Liz, arrojándola al suelo, y él mismo corrió hacia aquellos tipos con todas sus fuerzas. Pero éstos ya se movían con rapidez y con la precisión de dos máquinas.

Cada uno de ellos sacó una bomba de mano de debajo de sus ropas, y las lanzaron sin vacilar contra uno de los sampanes.

La doble explosión hizo que la frágil embarcación saltara hecha pedazos, y que un rápido incendio se propagara a las lanchas colindantes. Se oyeron gritos humanos de agonía, de dolor, de desesperación, pero los dos hombres no se detuvieron a escucharlos.

Impasibles, moviéndose como autómatas, saltaron de nuevo a su coche y arrancaron a gran velocidad, embistiendo contra la multitud que se arracimaba gritando.

En sólo cuestión de segundos, un hueco se formó en la muralla humana, pasillo por el que el coche pasó a gran velocidad. Sólo un hombre se plantó ante él.

Aqué! era Johnny.

Hizo un quiebro con su cuerpo, cuando el coche le embestía, y saltó sobre el techo, pegándose a él, con una agilidad inaudita, mientras la multitud lanzaba un grito unánime creyendo que iba a ser arrollado.

El hombre que conducía hizo un rápido zigzag, tratando de que Johnny fuera despedido, y al no conseguirlo disparó tranquilamente contra el techo.

Johnny, que iba ya a tratar de romper el parabrisas, para cortarles la visión, sintió, como si el techo se transformara en un

cráter delante mismo de sus narices. Dos partículas de metal saltaron ante sus ojos y el joven tardó un par de segundos en darse cuenta que se trataba de balas.

Bruscamente comprendió que, si disparaban otra vez, él ya no lo contaría.

Saltó del coche y salió despedido a gran distancia. Antes tuvo tiempo de ver, por el parabrisas, que al hombre del volante le faltaba medio dedo de la mano izquierda.

Sus pies tomaron contacto con el suelo, pero salió tropicado otra vez y dio un nuevo salto, yendo a parar ahora sobre un «rishawk» del que tiraba un chino trotón con unos bigotes que le llegaban hasta la cintura.

La dama otoñal que iba en el asiento, le hizo sitio en seguida.

—¿No hemos sido presentados, joven?

—Me temo que no, señora.

—Señorita... Me llamo señorita Gibbons. Y aunque no hayamos sido presentados, no importa. Le invito esta tarde a tomar el té. Pienso estrenar un vestido vaporoso que...

Johnny salió de allí más aprisa que si le estuvieran disparando aún. Un nuevo salto le hizo caer casi entre la multitud que corría alocada en todas direcciones.

Dio una voltereta sobre el suelo, se pegó un golpe en la nuca y quedó sentado, con las piernas entreabiertas y la vista nublada a causa del impacto.

Sus ojos empezaron a aclararse un poco cuando vio a aquellos dos individuos de gabardina clara que se habían detenido ante él.

Dos tipos casi iguales, de ojos fríos e inhumanos, y en cuyas palmas abiertas brillaban dos placas también exactamente iguales.

—Stick —dijo uno.

—Baynes —gruñó el otro.

—¿Qué quieren? ¿Que les dé la bienvenida?

—Somos agentes especiales. Acompáñenos.

Johnny vio que Liz estaba a poca distancia, apoyada en la pared de unos *docks*, respirando agitadamente. Le hizo una seña para que aguardase, y fue introducido en un coche negro.

Pero los dos individuos no arrancaron.

Por lo visto sólo querían interrogarle con una relativa calma, sin los gritos y las presiones de la multitud. Vieron a través de los

cristales que varios miembros de la policía colonial corrían apresuradamente, cercando la zona.

El que había dicho llamarse Stick preguntó:

—¿Qué sabe usted de esto?

—Nada. Sólo he intentado detener a aquellos dos buitres al ver que arrojaban las bombas sobre el «sampan».

—¿No los conocía?

—No los había visto jamás.

—¿Ha intervenido sólo movido por el deseo de ayudar a la ley?
¿No había nada entre usted y ellos?

—Nada, se lo aseguro.

El tono de Johnny era convincente. Se notaba que decía la verdad. Los dos hombres se miraron.

—Está bien, no hay razón para detenerle. Déjenos sólo su dirección por si tiene que aclarar algún detalle a la policía.

—John Hamilton, hotel de la Serenidad, habitación 39.

—Vive usted en un hotel de lujo...

—Soy millonario —dijo tranquilamente Johnny.

El que había dado el nombre de Baynes abrió amablemente la portezuela para que él pudiera bajar. Johnny sabía que estaba libre, pero no quería alejarse de los dos hombres. Ansiaba saber cómo llevaban las investigaciones y si lograban averiguar algo.

Los dos se dirigieron a la zona del «sampan» incendiado, del cual ya se habían apartado todos los demás, en un movimiento tan rápido que podía calificarse de milagroso, dado lo apretados que estaban todos. La policía ya había acordonado la zona.

Stick mostró la placa y pasó junto con Baynes. Johnny, que iba inmediatamente detrás, pasó también con el mayor cinismo. Como los policías les habían visto salir juntos del coche, no pusieron inconveniente alguno.

Los ocupantes de las lanchas vecinas ya habían salido. Todos hombres, mujeres y niños, miraban hacia el frente con expresiones imperturbables. Johnny se dio cuenta de que nada absolutamente se sacaría de aquella gente. Supiesen lo que fuese, observarían hasta el final la ley del silencio.

Y después de lo que habían visto con sus propios ojos, lo harían con mucha mayor razón.

Algunos cadáveres mutilados flotaban sobre las sucias aguas.

Johnny contó hasta cinco hombres muertos. Una buena advertencia para el que tratara de salirse de la raya.

El que había dado el nombre de Stick preguntó:

—¿Quiénes eran los que vivían en ese «sampan»?

La pregunta había sido dirigida a un viejo chino de mirada perdida. Éste ni siquiera parpadeó.

—Gente —dijo tan sólo.

—Pero tú eras su vecino. ¿Quiénes frecuentaban el «sampan»?

—Gente.

El que había dado el nombre de Baynes se impacientó. Zarandéo a una mujer joven, que llevaba dos niños colgando de cada mano...

—¿No comprendes que eso os puede ocurrir mañana a vosotros, imbécil? ¿Por qué no hablas tú? ¿Quiénes vivían ahí?

—No sabemos... Llegaron la semana pasada.

—¿No llegasteis a conocerlos? Ahí no había sitio. ¿Quién se marchó antes?

—No se fue nadie... Por lo visto los que había antes vendieron el «sampan». Esos hombres... —Y señaló con el mentón las aguas ensangrentadas— venían sólo por la noche. Eran los compradores, pero jamás hablaron con nadie. No teníamos contacto con ellos.

La explicación tenía muchos visos de verosimilitud. Johnny comprendió, por su parte, que aquella mujer decía la verdad.

Lo mismo debieron entender los dos hombres de las placas, porque se encogieron de hombros.

—Cuando llegue el comisario, que haga lo que crea necesario. Por nuestra parte no hay nada más —dijo uno de ellos.

Se marcharon sin haberse vuelto a fijar en Johnny.

Éste dio media vuelta también y se encaminó poco a poco hacia donde estaba Liz, después de una última mirada a los muertos que flotaban en las aguas, y a los cuales un par de policías trataban de sacar con largas pértigas, antes de que los arrastrara la corriente.

Liz estaba profundamente alterada.

Su busto juvenil y potente subía y bajaba al compás de la rápida respiración.

—Ha sido horroroso... —musitó—. Nunca hubiera llegado a imaginar esto.

—También fue horrible lanzar a aquella muchachita por la ventana. Y hacer lo mismo con un cuerpo tan bonito como el tuyo.

Intentó señalar con la mano, acercándola demasiado, las partes del cuerpo de Liz que le parecían más bonitas, pero ella le esquivó.

—No es el momento.

—Cuando lo sea, avísame.

Ella pasó por alto aquellas palabras. Los dos caminaron lentamente a lo largo del muelle, que había quedado bruscamente vacío. Las sirenas de un nuevo coche policial comenzaban a oírse a lo lejos.

Liz susurró:

—¿Adonde vamos ahora?

—A jugar al golf —dijo Johnny—. No puedes imaginarte lo divertido que es.

—No te comprendo. Tengo la sensación de que nunca te he entendido —susurró Liz.

—Y cuando me entiendes me dices que no.

* * *

Los dos hombres vestidos con sus gabardinas claras, sus trajes relativamente espesos y sus zapatos negros se situaron delante de la mesa de Donovan. Éste, que tenía la puerta del despacho abierta, ni siquiera los había oído llegar. Lanzó un respingo.

—¡Diablos! ¿Qué hacen aquí?

—Buenas tardes, superintendente.

Stick y Baynes se sentaron a la vez. En ciertos aspectos parecían dos siameses.

El sol del atardecer brillaba a través de las grandes ventanas, tiñendo de oro las aguas de la bahía.

Donovan musitó:

—No les esperaba hasta mañana...

—Es que las cosas se están precipitando. Sin duda se habrá enterado ya de lo del «sampan» al cual arrojaron dos granadas.

—Sí, desde luego. ¿Tiene algo que ver con lo que les encomendé?

—Estamos persuadidos de que los hombres que se encontraban en la embarcación eran de la banda que tiene en su poder ese *stock* de drogas. Posiblemente intentaban alguna traición por eso fueron eliminados. Nos encontramos ante enemigos que poseen una perfecta organización y no vacilan ante nada. El golpe parecía

sencillo, pero estuvo realizado con una perfección maestra.

—¿Saben ya quiénes eran los muertos?

—Al margen de las actividades normales de la policía, hemos averiguado por nuestra cuenta —dijo Baynes—. Mire estas fotos. Pertenecen a nuestro archivo privado.

—Olvidaba que ustedes tienen su propia organización —musitó Donovan.

Miró las cuatro fotografías que acababan de depositar sobre su mesa. Cuatro rostros casi iguales contemplaban impasibles la cámara. Había en ellos el eterno hermetismo de la raza amarilla. Sólo al mirarlos uno ya se daba cuenta de que aquellos hombres, aun estando vivos, jamás hubieran dicho nada.

—Traficantes ilegales de la costa —dijo Stick—. Gente de segunda categoría, pero muy peligrosa. Como un cargamento tan importante no se puede trasladar en una sola vez, nos parece evidente que estos hombres, junto con otros, y en sucesivos viajes nocturnos, a través de recovecos marinos que sólo ellos conocían, pasaron la «mandanga» y la reunieron en un lugar determinado. Ahora han sido barridos, eliminados, retirados de la circulación. ¿Por qué? Seguramente no lo sabremos nunca. Pero le anunciamos que van a empezar los métodos expeditivos, superintendente Donovan.

—¿Qué quieren decir?

—No sabíamos esta mañana a qué clase de gente teníamos que enfrentarnos, pero si se trata de fulanos como éstos, sólo el lenguaje de la violencia sirve. Las bombas de mano también las haremos funcionar nosotros, Donovan.

—¿Es necesario ir tan lejos?

—Nos tememos que no queda otro remedio, y sólo hemos venido a avisarle. ¡Ah! Puede decir a esos hombres que no se molesten en perder varios días tratando de identificar a las víctimas. Ahí, detrás de las fotos, llevan el nombre escrito. Y si quieren saber dónde tenían sus amiguitas, podemos indicárselo también. Pero ése, por ahora, es un asunto exclusivamente nuestro.

Se pusieron los dos en pie, como dos autómatas mientras se ajustaban los guantes.

—¿Pero por qué llevan las manos enguantadas? —susurró Donovan—. Me he fijado esta mañana en el detalle, aunque sin

querer hacer preguntas. ¿Es que no notan el calor?

—Los llevamos porque con ellos se mata mejor —dijo Stick suavemente, mientras caminaban hacia la puerta.

Donovan no supo decir si aquella frase tenía gracia o no. Sólo supo que le daba frío.

Al pasar junto al conmutador que había al lado de la puerta, Stick movió una manija. El ventilador que había sobre la mesa de Donovan se puso a funcionar de repente enviando los papeles por los aires.

Antes de que Donovan pudiera decir lo que pensaba —y tenía cuerda para media hora— los dos habían desaparecido ya.

* * *

El campo de golf era una verde y maravillosa extensión ondulada como el cuerpo de una mujer. Liz había oído decir que en Hong-Kong estaban los mejores campos de golf del mundo, para uso exclusivo de los banqueros y los multimillonarios de aquella puerta de Oriente, pero ahora podía verlo con sus propios ojos.

Sólo unos pocos jugadores preparaban el tiro aquí y allá, a gran distancia unos de otros, contemplados por enigmáticos sirvientes orientales.

Un magnífico chalet de piedra se alzaba majestuoso en aquella enorme extensión esmeralda. El brillo de la hierba, a la suave luz del atardecer, era maravilloso.

—Liz susurró:

—¿Adonde vamos?

—Espera.

Liz tenía motivos más que sobrados para sentirse inquieta porque Johnny y ella había entrado por un sitio prohibido, y porque Johnny había dejado sin sentido de un mamporro a un chino que intentó perseguirles. Pero aún le faltaba ver lo más grave.

Johnny se dirigía en línea recta a un jugador gordo, con aspecto de lord inglés de la vieja época, quien se preparaba meticulosamente para asestar el golpe a la pelota que tenía entre sus pies.

Por lo visto aquél iba a ser el tiro decisivo de la partida.

Las seis u ocho personas que estaban tras el hombre gordo,

contemplaban en silencio la preparación de la jugada, con esa especie de tensión especial que se produce en los campos de fútbol cuando se va a tirar un *penalty*.

Nadie había visto llegar a Johnny y a Liz.

Y de pronto Johnny se puso en movimiento.

Extrajo un encendedor de uno de sus bolsillos y lo arrojó contra la pelota, haciéndola saltar justo cuando el gordo lanzaba su golpe de Stick. El bastonazo falló. El gordo lanzó un rugido.

Varios rostros congestionados se volvieron hacia los intrusos. Ojos incrédulos los contemplaron, como si fuesen dos seres llegados desde otro planeta.

—¿Cómo se atreve? —rugió el gordo—. ¿Quiénes son ustedes?...

—Me llamo Johnny. Y la señorita es Elizabeth Tucker...

—¿Dónde se ha creído que está?

—En su club, míster Gaynor. Usted es el dueño.

—Por eso mismo... ¡Fuera! ¡Fuera de aquí, perro!

Dos de los sirvientes chinos avanzaron hacia Johnny, pero éste movió los brazos, los levantó en vilo y los arrojó sobre la hierba.

Gaynor estaba congestionado.

Parecía que las venas de sus sienes fueran a estallar.

—¿Cómo...? ¿Cómo se atreve a...?

—He de hablar con usted, Gaynor. Y sabía que si no me presentaba yo mismo —y ya ve que lo hago educadamente— no me recibiría nunca.

—Tampoco pienso recibirle. ¡Fuera!

—Hace poco he visto cuatro muertos, Gaynor.

—¿Y qué? Cada día mueren docenas de personas en

Hong-Kong,

y a mí aún me parecen pocas. Cada día está más lleno esto. ¡Pronto no habrá sitio ni para jugar al golf! ¡Fuera! ¡Vosotros! —Miró de nuevo a los dos criados chinos—. ¡Lanzad a éste!

Pero los dos chinos estaban sobre la hierba y no parecían tener demasiados deseos de probar otra vez los puños de Johnny. Se estuvieron más quietos que dos niños a los que han prometido un caramelo.

—Uno de los cuatro muertos —dijo Johnny calmosamente—, era un individuo chino, pero nacido en Inglaterra, llamado Contor. Tenía casa en Macao, y a

Hong-Kong

venía accidentalmente. El pobre conoció mejores épocas cuando trabajaba para usted, Gaynor. ¡Si le hubiera visto desangrándose en el agua fétida de la bahía! De Contor precisamente tengo que hablarle.

Gaynor había palidecido.

Su rostro redondo como una luna estaba ahora desencajado, y sus ojos miraban a Johnny con asombro.

Era evidente que no le recordaba, pero Johnny, por la causa que fuera, se acordaba de él.

—¿De qué me conoce? —susurró—. ¿De qué?...

—Salvé a Contor de un buen lío en Londres. El mundo es un pañuelo, Gaynor, y todos los granujas vuelven a encontrarse en él. Yo era entonces abogado en Inglaterra y siempre recordaré que el fiscal pedía para Contor ocho años... por tráfico de drogas.

La cara de luna de Gaynor se desencajó más aún.

—Yo no sé quién es el tipo del que habla. Jamás he oído mencionar a Contor.

—Más vale que hablemos, amigo.

—Si busca dinero le juro que...

—Tengo dinero para patearlo —mintió Johnny—. Hala, deme una cita antes de que no sea amable del todo y le rompa uno de esos palos en la cabeza.

Un hombre de unos cincuenta años, irreprochablemente vestido, con barbita recortada, y que estaba junto a Gaynor, susurró:

—Hágale caso, amigo mío. No sé qué querrá ese hombre, pero debe ser algo importante cuando ha venido hasta aquí. Por favor, atiéndale de una vez y terminemos esta cuestión.

Gaynor dijo de mala gana, mirando a Johnny:

—He de terminar la partida. Le veré dentro de media hora.

—Media hora —dijo el joven calmosamente—. Le advierto que mi reloj es bueno. Si tarda treinta y un minutos, le partiré la cabeza.

Nadie debía haber hablado así en su vida al poderoso Gaynor. Éste se hallaba a punto de sufrir una crisis. Estaba tan hinchado por la indignación que parecía un globo a punto de elevarse al cielo.

—Espéreme en el chalet —masculló.

Johnny se volvió de espaldas.

Empezó a andar sobre la mullida hierba hasta el chalet de piedra

que se veía en las cercanías, sin preocuparse de si Liz le seguía o no. Dio por descontado que vendría tras él.

Cuando estuvieron en la puerta, susurró:

—A la derecha hay un bar. Quédate allí, bien a la vista de todos. Puede ser peligroso que entres conmigo.

—Sí, Johnny.

Liz parecía sumisa, dulce, entregada a él.

Johnny pensó:

«Buena chica. Lástima que, en según qué momentos, emplee toallas tan grandes».

Y penetró en los vestuarios.

Un segundo después se arrepentía de haberlo hecho.

SEIS

El mazazo fue directo a su nuca. Le produjo tal impacto que Johnny sintió como si todos los nervios se le rompieran por dentro, igual que cuerdas de guitarra demasiado tensas.

Cayó de bruces.

Notó instintivamente que iban a golpearle de nuevo y que esta vez el impacto sería mortal. Su enemigo, al que no había podido ver porque ya le estaba aguardando tras la puerta, empuñaba un bastón grueso con empuñadura de metal. Era el puño precisamente lo que parecía haberse clavado en el cerebro de Johnny.

Éste ladeó la cabeza, y el golpe hizo saltar levemente de su sitio una de las finas tablas enceradas del suelo.

Johnny movió los pies, y logró cazar con ellos un tobillo de su desconocido enemigo. Oyó un gruñido y luego un terrible choque contra la pared donde se alineaban los armarios. Sin duda el atacante acababa de perder el equilibrio, pero lo recuperaría pronto. Era necesario levantarse antes que él.

El joven lo intentó y no pudo.

Su cabeza zumbaba por dentro. Le fallaban las fuerzas. Se dio cuenta ahora cuán cerca había estado de que el primer golpe le hundiera la base del cráneo, que era indudablemente lo que perseguía el que le golpeó por la espalda.

Sentado en el suelo, levantó uno de los banquillos del vestuario y lo lanzó contra el bajo vientre de su enemigo, al que sólo podía ver de una manera confusa.

El impacto fue claro. Su adversario, un oriental que no era chino, sino que más bien parecía indonesio, se estremeció de dolor e hizo un terrible esfuerzo para no gritar.

Johnny consiguió ponerse en pie. Extrajo la navaja de resorte

que siempre llevaba en uno de sus bolsillos y la lanzó contra el cuello de su enemigo. No acertó esta vez porque sus reflejos estaban debilitados. La hoja se clavó tremolante en la puerta de una de los armarios.

El otro huyó, creyendo que Johnny estaba más entero de lo que parecía.

El banco que antes había recibido en el bajo vientre lo arrojó contra el joven con todas sus fuerzas, mientras atravesaba la puerta. No llegó a ver que Johnny había sido alcanzado otra vez.

Ni que caía de bruces, perdido el sentido definitivamente.

SIETE

—¡Eh, despierte! ¡Despierte! ¿Qué le ha ocurrido?

La voz parecía llegar desde muy lejos y sólo alcanzaba muy débilmente los sentidos de Johnny. Éste parpadeó dos veces, mientras su cabeza aún parecía zumbiar. La voz remitió:

—¡Despierte! ¡Haga un esfuerzo!

Le introducían algo ardiente entre los labios. Johnny tosió y al fin pudo abrir los ojos definitivamente.

El que estaba semiarrodillado junto a él, sosteniéndole la cabeza, era el hombre de la barbita al que poco antes había visto jugando con Gaynor. Al parecer se encontraban solos. El hombre introdujo otro sorbo de licor entre los labios de Johnny.

—Gracias —musitó éste—. Es suficiente.

—¿Se siente mejor?

—Bastante... bastante mejor.

—¿Qué ha sucedido?

—Eso quisiera saber yo. Sólo puedo decir que me atizaron un buen golpe en la nuca.

—Eso está a la vista. Tiene sangre.

—No sé quién ha sido... Parecía... uno de los sirvientes del club. Un indonesio.

—Hay varios aquí... Permítame decirle que no comprendo nada de esto, amigo mío. Pero he tenido suerte al encontrarle, porque esos golpes son malos... ¿Sabe quién soy? Me llamo Spencer. No sé si me habrá oído nombrar.

—Doctor Spencer...

—Justo, el doctor Spencer.

—Claro que he oído su nombre... No sé cómo no le he reconocido antes. Usted es algo así como un delegado

gubernamental en la pagoda china.

—Inspector —dijo Spencer.

—Eso es. Inspector... ¿Estamos solos?

—Sí. Yo sólo había venido a buscar un pañuelo. Ya ve qué tontería... Si no llego a venir, ese indonesio pudo haber vuelto y clavarle la navaja que aún hay ahí... —señaló la de Johnny, que estaba clavada en uno de los armarios—. ¡Vaya mundo más extraño!... Ahora ya no se puede venir tranquilo ni a un club distinguido como éste. Oiga..., ¿puede ponerse en pie?

—Creo que sí.

—Hágalo. No es conveniente estarse quieto después de un golpe de esa clase. Aún no me he convencido de que esté entero del todo.

Johnny se puso en pie, ayudado por el médico. En torno suyo todo era calma, y a través de la puerta entreabierta se distinguía la luz dulce de la tarde. La sensación de muerte que poco antes había tenido se iba esfumando poco a poco.

Pero le dominaba en cambio una brutal impresión de asombro, de horror, ante ese mundo donde todas las cosas, aun las más absurdas, eran posibles.

Spencer lo examinó bien.

—Vaya, vaya... Es usted de roca, amigo mío... Aunque puede que la próxima vez no tenga tanta suerte. ¿Qué condenado asunto se trae entre manos?

—Es algo que sólo nos atañe a Gaynor y a mí.

—Pues me parece que con Gaynor no va a hablar.

—¿Por qué?

—Ha ido a avisar a la policía.

Johnny se quedó boquiabierto. No esperaba aquella reacción del millonario de turbio pasado. Más bien había estado seguro hasta aquel momento de que Gaynor querría escucharle, y que lo último del mundo que se le ocurriría hacer sería recurrir a la ley. Pero, por lo visto, no se podía estar convencido de nada.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unos cinco minutos. Debe haber transcurrido menos de un cuarto de hora desde que usted se separó de nosotros.

—¿Y la chica?

—¿Se refiere a su amiga? Está tranquilamente en el bar. La he visto hace un instante, no tema.

Johnny se iba sintiendo mejor. Respiró hondamente al comprender que tenía que tomar una decisión. Si Gaynor le enviaba a la policía, a él no le convenía estar allí para cuando los sabuesos llegaran.

—Si tuviera una clínica —dijo Spencer—, le internaría con mucho gusto durante un día, porque creo que le conviene. Pero ya sabe usted que el sitio donde estoy es muy distinto. La pagoda china...

Johnny tragó saliva.

La simple mención de aquel nombre le producía vértigo.

—Sí —susurró—. A la pagoda china no se va a vivir. Se va a morir solamente...

OCHO

Aquellos dos seres humanos que a veces tenían la sensación de estar perdidos en la gran ciudad, contemplaron el edificio.

La pagoda china constaba de tres pisos, y estaba rematada por los clásicos adornos de los templos de esa clase, aunque no era un templo. Grandes jardines de hierba marchita y de lóbregos árboles la rodeaban por completo. Sólo al verla se tenía una extraña, casi angustiosa sensación de soledad.

Y sin embargo por las noches se reunían allí docenas de personas que comían y bebían hasta hartarse, con los ojos fijos en las ventanas, donde constantemente había luz.

Liz susurró:

—Es un sitio extraño. Y el verlo da... No sé, no acierto a explicarlo. Pero es a la vez repugnancia y miedo.

Johnny cabeceó lentamente, asintiendo.

El también había sentido a veces aquello mismo, aunque le avergonzaba confesarlo. Pero no existe en el mundo la persona que no haya sentido el miedo alguna vez. Y la pagoda china era un lugar lo bastante inquietante para que una corriente de aire frío pasase por la espalda de cualquiera.

—No creí que un sitio así existiera en

Hong-Kong

—musitó ella.

—Donde quizá ya no haya es en Shangay, en Cantón y en otros lugares de la China comunista, pero este rincón de la China tradicional ha conservado las viejas costumbres. —Encendió un cigarrillo y añadió—: Son pocos los chinos que mueren en su casa.

—¿Y vienen a expirar aquí?

—Eso es. Cuando ellos, o sus familiares, saben que va a llegar el

fin, se recluyen en esta pagoda. Aquí rezan, o gritan, o se retuercen de dolor, o se desesperan, hasta que el final llega implacable. Lo más terrible de todo es que los viejos de noventa años están mezclados con criaturas enfermas de ocho o diez, que se dan cuenta de todo, que saben angustiosamente que ellos también van a morir. Mientras, los parientes se atracan de comida y de bebida ahí fuera, esperando que el momento llegue.

Liz balbució:

—Es... horrible...

—Todos los pueblos tienen sus costumbres, y supongo que a los chinos les parecerá extraño que los occidentales engañemos a nuestros enfermos y les dejemos, por decirlo así, morir por sorpresa. Pero contra estas tradiciones no se puede luchar, al menos de momento. Claro —añadió— que muchas veces los familiares se equivocaban, inocentemente o no, y enviaban aquí a morir a personas que estaban relativamente sanas, las cuales acababan falleciendo de hambre o desesperación ahí dentro, porque además la fuga es imposible. Por eso el Gobierno puso un inspector, que actualmente es el doctor Spencer. Si él observa algún caso de persona curable que ha sido introducida ahí, la hace retirar inmediatamente.

Dieron unos pasos por sobre la hierba marchita, por aquel jardín siniestro que ya sugería por sí solo la idea de la muerte.

—Spencer no encuentra enfermeras occidentales para trabajar con él —susurró Johnny—, y no se fía de las orientales. Supongo que su trabajo es muy desagradable, en esas condiciones.

—Johnny, ¿por qué me has traído aquí?

—No lo sé exactamente —reconoció él—. Quizá porque fue el doctor Spencer el que me ayudó a salir del club de golf, y yo asocié su nombre con la pagoda china. Además, tú no conocías esto. En Hong-Kong

es conveniente verlo todo, muchacha.

—¿Qué pretendías hallar en el club, Johnny?

—En calidad mi deducción era sencilla, demasiado ingenua incluso. Yo sabía que Gaynor había sido uno de los traficantes de drogas más importantes de esta zona, y que gracias a ello había hecho dinero. Convertido en un caballero honorable, que gasta a manos llenas, tiene docenas de concubinas y además hace obras de

caridad, por lo que todas sus antiguas canalladas se han ido olvidando. Yo sabía que estaba retirado, pero que quizá no le había molestado poner las zarpas en un cargamento tan importante como el que parece que ahora se oculta en

Hong-Kong.

Por eso fui a verle, de frente y cara a cara, según mi método. Pero él telefoneó a la policía, lo cual indica que o tiene la conciencia tranquila en este caso o una coartada muy perfecta.

—O que la policía se ha dejado sobornar.

—En un caso tan importante, no creo que ello haya sido posible. Puede encontrarse algún policía colonial que se ensucie las manos mientras no haya muertos pero ahora las cosas han ido demasiado lejos. A cualquier polizone le daría miedo, a menos que él mismo fuese el jefe de la banda.

Apretó los labios. Durante unos minutos permanecieron en silencio, mientras se alejaban lentamente de allí.

—Johnny... —musitó ella al cabo de unos instantes—. Quiero preguntarte una cosa, Johnny...

—Dime.

—¿Por qué viniste a

Hong-Kong?

¿Qué buscas tú aquí? Pareces un aventurero, pero en el origen de tus correrías hay algo que no comprendo. Tú dijiste que habías sido abogado en Londres. ¿Por qué viniste a parar a este rincón de Oriente? ¿Qué hubo en tu vida?

—¿Una mujer...?

Johnny lanzó una carcajada. Fue una risa brusca, áspera, tras la que no palpitaba la menor alegría.

—Sí, fue por una mujer, pero la mujer de otro.

—¡Johnny!...

—No es lo que tú piensas, muchacha. El otro se llamaba Percival y era mi mejor amigo. No le hubiera traicionado jamás. Al contrario, hubiese dado mi vida por él. Sufrió una grave dolencia y, después de estar un mes entero en la clínica, cometió la tontería de enamorarse de la enfermera que lo cuidaba. Ella le correspondió. El segundo error consistió en nombrarla heredera de sus bienes antes de contraer matrimonio. Apenas dos días más tarde, ella lo liquidó. Le inyectó directamente cafeína en el corazón, y el efecto fue

desastroso. El caso fue que Percival se quedó sin vida y la chica se encontró con una bonita suma de dinero. Naturalmente ahuecó el ala. Su compinche debía estarla esperándola en cualquier lugar tranquilo de este cochino mundo, y ahora se estarán comiendo a besos y disfrutando del sol en cualquier playa con el dinero del pobre Percival.

Liz apretó los labios.

Durante largos minutos guardaron un nuevo silencio, mientras se alejaban más y más de la macabra pagoda china.

Al fin Liz susurró:

—¿Y eso qué tuvo que ver contigo?

—Juré vengar a Percival.

—¿Te lo pidió él?

—No. ¿Cómo me lo iba a decir? Murió en manos de aquella zorra, sin poder hablar una sola palabra. Pero Percival tenía un concepto muy estricto del honor, y además me había salvado la vida una vez. Yo debo corresponderle, al menos, vengando su muerte. Además...

—¿Además qué?

—Todo coincidió —dijo Johnny suavemente—. Yo estaba harto, por aquellas fechas, de mi vida aburrida y monótona de leguleyo de Londres. Me sentía cansado, y había llegado un momento en que la sola mención de los Tribunales me ponía enfermo. Mi socio me hizo además una estafa más que regular, y decidí abandonar la profesión durante un par de años. No tenía dinero para vivir todo ese tiempo, pero pensé que ya lo solucionaría y me voy arreglando. Elegí Hong-Kong,

además, porque sabía que esa mujer había marchado a Oriente. Y todo el que viene a Oriente termina pasando inevitablemente por esta deliciosa y pútrida ciudad. Sé que daré con ella.

—¿Cómo... cómo se llama?

—No conozco su nombre.

—¡No es posible!

—Percival vivía en Australia y yo en Londres, cuando aquello ocurrió. Lo que hice entonces fue dirigirme a la policía, pero la policía australiana se negó a darme datos diciendo que no había indicios de criminalidad. Encargué a un detective privado que averiguara todos los detalles, que me proporcionara una fotografía

incluso de la chica, y vive aquí. Estoy esperando los datos de un momento a otro.

Liz musitó:

—Sí, claro.

Su voz era apenas como un soplo, como el último suspiro de una moribunda.

—Ahora estoy realmente desorientado —musitó Johnny después de unos minutos de silencio—. Si Gaynor no es culpable, ¿quién puede serlo? ¿Quién puede dirigir los hilos de toda esa trama?

Sin embargo no te equivocaste al ir al club de golf, porque intentaron matarte.

—He dado muchas vueltas a eso, y he pensado que quizá Gaynor quiso darme una lección por la forma como me había comportado con él. Es posible que, una vez yo sin sentido, aquel indonesio me hubiera roto un par de huesos, dejándome medio inválido para toda la vida. Los hombres como Gaynor no perdonan una ofensa en público. Y quizá ésa sea mía explicación.

Llegaron al coche que Johnny había alquilado. Este solía alquilar un coche distinto cada día, para desorientar a cualquiera que les siguiese.

Fue ese mismo pensamiento que le hizo decir:

—Sería aconsejable que te largaras de

Hong-Kong,

Liz.

—No puedo. No he pagado mi cuenta del hotel.

—¿Estás sin blanca? —En la voz de Johnny vibraba un cierto matiz de divertida sorpresa—. Yo te había tomado por una joven millonaria. Ésa era la causa de que te ayudara. Pretendía que tú, en agradecimiento, me resolvieras mis propios líos.

—No tengo un níquel —susurró ella.

—¿Y qué haces en

Hong-Kong?...

—Eso no le importa a nadie, Johnny.

—¿Ni siquiera a mí?

—Tampoco a ti.

Johnny guardó silencio, mientras se sentaba al volante y ponía el coche en marcha. Sus ojos se detuvieron un momento en las torneadas rodillas de la muchacha, ceñidas por las medias.

—Lástima —musitó.

—¿Por qué?

—Porque si fueras rica podrías hacerme un préstamo. No sabes el dinero que me exigen mis amigas —susurró Johnny.

Liz dijo, con una voz sin matices:

—¡Canalla!

Y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, hundiéndose en sus propios pensamientos, unos secretos que no quería compartir con nadie.

El arrancó con suavidad.

A causa de estar mirando aún las rodillas de la chica por poco se lleva por delante un árbol.

* * *

Chei-Li

caminó unos pasos, dejando que la abertura de su falda china mostrase las alturas de un muslo maravillosamente torneado, prolongado por una pantorrilla larga, suave y elástica como la de una bailarina.

Johnny se dijo a sí mismo que la mitad de la gente que iba allí a perder su dinero al

«fan-tan»,

lo hacía sólo por echar de vez en cuando una ojeada a las piernas de aquella chica.

Pero ahora ella se movía sin coquetería, sin buscar seducir al hombre. Su rostro casi europeo indicaba una profunda inquietud.

Iba de un lado a otro de la pieza de paredes de bambú, mientras los mil rumores del juego se oían abajo, en las salas inferiores que a aquella hora ya se iban llenando de público.

—No sé a quién te refieres —musitó la *croupier*—. Veo a muchísima gente por aquí, pero a los dos hombres de que hablas no los recuerdo. ¿Seguro que a uno le falta medio dedo de la mano izquierda? ¿Qué otras características tienen?

—No lo sé. Confieso que no les he visto la cara. Los distinguí de lejos mientras arrojaban sus granadas a aquel «sampan», y luego, al saltar sobre el techo del coche, vi sus manos a través del parabrisas. Pero eso fue todo. No sabría decirte cómo son sus caras.

—Comprenderás que es muy poca cosa —dijo

Chei-Li

—. Yo tengo el mayor deseo de ayudarte, pero necesitaría algún dato más.

—¿Te fijas en las manos de los que apuestan?

—No suelo hacerlo. Más bien estoy concentrada ante los botones que tengo al alcance de mi mano. Pero creo que...

—¿Qué?

Ella se había detenido, como si tuviese una idea. Una de sus piernas sobresalía, en sugestiva postura, por el hueco de su falda.

—Los que se fijan muy bien en las manos de los clientes son los *croupiers* de las ruletas. Ellos no pierden de vista las manos mientras depositan las fichas. Si estos hombres han estado alguna vez aquí, y si han jugado a la ruleta, ellos los recordarán.

—¿Podrías preguntarlo ahora mismo? Seguro que han estado aquí. Yo creo que nadie que pasa por Hong Kong deja de visitar este establecimiento, por si tiene la suerte de ver tus piernas,

Chei-Li.

—Tú las puedes ver enteras cuando te apetezca y no les haces demasiado caso.

—Es que enteras me marean,

Chei-Li.

Una mujer como tú hay que tomarla a pequeñas dosis.

Chei-Li

le dijo lo mismo que poco antes le había dicho Liz:

—¡Canalla!

Fue a la puerta y añadió desde allí:

—Te hago este favor sólo porque a ratos eres buen chico. Pero preguntaré en la sala de ruleta y nada más. No me pidas otras cosas. Lo haré ahora mismo, porque precisamente a esta hora los *croupiers* tienen bastante calma.

Johnny musitó:

—Eres un angelito, nena.

Tuvo la sensación de que ella hubiera deseado una gratitud más convincente, pero, ¿qué iba a hacer él? Tal como está la vida, uno no puede desgastarse demasiado.

Encendió un cigarrillo mientras esperaba.

Transcurrieron cinco minutos, diez...

Johnny tenía la sensación de encontrarse en un mundo irreal,

encerrado en aquella habitación de paredes de bambú mientras desde el suelo llegaban, tamizadas, las mil voces, los mil extraños rumores de las salas inferiores, donde ya el juego empezaba.

Por fin la puerta se abrió.

Chei-Li, visiblemente alterada, apareció en el umbral. Sus ojos habían dejado de ser enigmáticos y miraban a Johnny casi ansiosamente.

—¿Estás seguro de que iban juntos y de que a uno le faltaba medio dedo en la mano izquierda? —balbució.

—Seguro. ¿Por qué?

—Johnny, en buen lío te has metido...

—¿Pero por qué?

—¡Abandona esto! ¡Déjalo ahora que estás a tiempo, Johnny!

El se puso en pie. El cigarrillo que sostenía en sus labios cayó al suelo mientras sus ojos escrutaban el rostro alterado de la muchacha.

—Pero

Chei-Li...,

¿qué pasa? ¡Habla!

Ella iba a decir algo, y de pronto Johnny los vio.

Eran los dos, los dos tipos vestidos de negro que habían arrojado las bombas al «sampan».

Ahora iban juntos igualmente y llevaban ropas más elegantes, aunque también negras. En cada mano derecha empuñaban una «Luger». Johnny sabía bien lo cruel y lo certera que es una «Luger», sobre todo si a uno le acribillan a poca distancia.

Se abalanzó hacia la muchacha, para situarla fuera de la línea de tiro, aunque él mismo fuese alcanzado.

Tres plomos pasaron junto a su cabeza. Uno de ellos le arañó la mejilla. Johnny y la muchacha dieron dos vueltas de campana, intentando situarse fuera de los proyectiles.

Johnny se dio entonces cuenta, con horror, de una cosa. Los dos buitres tenían más interés en matar a

Chei-Li

que a él mismo. Sin duda lo que acababa de saber la muchacha era de vital importancia para ellos.

Johnny intentó desesperadamente cubrirla mientras los dos rodaban hacia abajo por unos peldaños de madera.

Las salas de juego, los corredores, se habían llenado de gritos.

Chei-Li

rodaba también, mostrando sus hermosas piernas a cada nueva voltereta. Pero también enseñaba algo más que sus piernas, porque Johnny no podía cubrirla del todo con tantas vueltas de campana. Eso resultó fatal.

Los dos asesinos dispararon a la vez, y la chica recibió ambas balas en el vientre.

Un estremecimiento y un agudo chillido indicaron a Johnny que había sido alcanzada. La propia sangre de

Chei-Li

saltó a su cara. Los dos asesinos bajaron también, a saltos, para rematarle a él con más facilidad.

—¡Traidores! ¡Puercos! ¡Hijos de perra!

Eso y una cuantas cosas más que Johnny había aprendido en todas las academias mundiales de la mala lengua, lo escupió por su boca mientras daba un terrible salto para pasar al otro lado de la baranda y lanzarse hacia abajo por el ojo de la escalera. Ahora que no tenía que cubrir a

Chei-Li,

disponía de mucha mayor libertad de movimientos. Las balas siluetearon su figura, pero sin llegar a alcanzarle, porque sus enemigos no habían esperado aquella maniobra que tenía mucho de suicida.

En fracciones de segundo, Johnny se encontró un piso más abajo. Dio entonces un nuevo salto y fue a parar sobre una mesa de ruleta, sobre la que patinó como una jarra de cerveza en la barra mojada de un bar. Los gritos, los aullidos y las imprecaciones parecieron ir a hundir el local de un momento a otro.

Johnny notó que, al otro lado de la mesa, una cosa blanda le había detenido.

Se volvió, y aquel rostro otoñal y aquella sonrisa ansiosa le parecieron conocidos. De repente se dio cuenta. ¡Diablos! ¡Era la mujer del «rishawk», junto a la cual se sentó en el puerto! ¡La misma que le había invitado a tomar el té!

Los brazos de la mujer le sujetaron con tal fuerza que por poco le ahogan.

—Es el destino —susurró ella—. Tienes que tomar el té conmigo,

amor. Y además verme con mi vestido vaporoso.

Johnny dijo entonces algo que no había gritado cuando le amenazaron con las «Luger» cargadas:

—¡Socorrooooo!...

Vio que los dos individuos vestidos de negro bajaban ya por la escalera. Johnny se deshizo del amoroso abrazo de la dama otoñal y rodó sobre la mesa. Vio que una de las paredes estaban adornada con viejas lanzas hawaianas.

Sólo necesitó un par de segundos para saltar de la mesa de ruleta y volcarla, con lo cual se aseguraba una cierta protección contra las balas, y descolgar una de aquellas lanzas.

Los dos asesinos vieron volar hacia ellos aquel arma justo cuando empezaban a creer que tenían segura su presa.

—¡Cuidado!

Se apartaron a tiempo, pero aun así uno de los dos recibió en el brazo la punta de la lanza. Lanzó un grito de rabia mientras Johnny descolgaba una nueva arma.

Los dos asesinos no esperaron.

Debieron suponer que ya habían corrido demasiados riesgos y quizá pensaron que la próxima lanza acabaría atravesando el corazón de uno de los dos. Por eso volvieron grupas, disparando solo para cubrirse, mientras trepaban por las escaleras a gran velocidad.

Sin duda debían tener la salida asegurada desde el piso superior, saltando por una de las ventanas.

Johnny lanzó con todas sus fuerzas una segunda lanza, cuando su enemigo herido apenas acababa de desclavarse la primera. La punta se clavó tremolante en una de las paredes de bambú, apenas a media pulgada del cuerpo del asesino que estaba en la parte interior de la escalera.

Inmediatamente los criminales desaparecieron de su vista, pero el joven estaba dispuesto a no perder ni un solo segundo.

Tomó otra de las lanzas y fue en seguimiento de sus enemigos. Ahora lamentaba con toda su alma no disponer de un arma de fuego. Pero aquella especie de muerte primitiva y bárbara también sentaría bien a los dos hijos de perra.

Su cuerpo tropezó con el de
Chei-Li,

perdiendo un par de segundos preciosos. Llegó al piso superior, que estaba lleno de departamentos aislados que eran mitad oficinas y mitad nidos de amor, y allí se detuvo perplejo, sin ver rastro de sus enemigos.

Sin duda acababan de saltar por una de las ventanas. Debían conocer bien el terreno que pisaban y tener cubierta la fuga.

Una rabia inmensa se mezcló a una honda desesperación en el espíritu de Johnny. Ciego de odio lanzó su lanza, ya inútil, clavándola hasta el fondo en una de las paredes.

En aquel momento oyó pasos detrás suyo. Alguien subía.

No era la multitud que estaba abajo, sino dos hombres. Johnny se volvió a mirarlos fijamente.

Los conocía.

Eran los dos tipos con semblante de polizone que ya habían visto en el puerto, cuando el «sampan» fue volado. Gabardinas claras, cuellos perfectamente abrochados, ojos de hielo. El reflejo del perfecto, meticuloso y puntual policía inglés.

Pero a pesar de toda esa perfección, los dos individuos llegaban siempre cinco minutos tarde.

—¿Qué ha ocurrido? —Gruñó uno de ellos—. ¡Oiga, a usted lo recordamos!

—Y yo también me acuerdo de vosotros, batracios. El día que lleguéis a tiempo, os van a dar una medalla.

—¿Cómo se atreve? ¿Ha matado usted a esa chica?

—¿Ustedes son Stick y Baynes, verdad?

—Sí.

—Pues bien, a esa chica no la he matado yo, sino los dos mismos asesinos que volaron el «sampan» en el puerto. ¡Infiernos! Los he reconocido perfectamente, incluso he visto otra vez que a uno de ellos le falta medio dedo en la mano izquierda. ¡Persíganlos! ¡No pueden andar lejos de aquí! ¡Han huido hace apenas un par de minutos!

Los dos hombres de las gabardinas claras suspiraron casi a la vez.

—Es inútil perseguir a nadie en estos barrios atiborrados de gente, amigo mío. Usted lo sabe bien.

El más profundo desaliento se reflejó en las facciones de Johnny.

—Sí, aquellos dos tipos tenían razón. Las callejas circundantes

eran un laberinto, y además habría miles y miles de personas en ellas. Escabullirse entre la multitud era tan fácil como perder el dinero al «fan-tan».

Los dos asesinos debían contar con aquello.

Johnny prefería no mirar el cuerpo sin vida de Chei-Li.

Le daba vértigo.

—Cometeré dos asesinatos —dijo con suavidad—. A ustedes, polizontes, les interesa saberlo. Cuando encuentre a los dos criminales que busco, no los entregaré a la justicia ni pensaré que son seres humanos. Si tengo un cuchillo los degollaré, si son dos balas se las haré tragar, y si tengo una cuerda les romperé el cuello con ella y les colgaré de la torre más alta de Hong-Kong.

Me es indiferente lo que me ocurra más tarde. No descansaré hasta que los mate.

Los dos hombres le miraban estupefacto.

Daba la sensación de que ro le comprendían, de que no creían que todo aquello fuese realidad.

Johnny dijo de pronto:

—Un momento.

Le dejaron marchar sin oponer resistencia. El joven acababa de recordar que

Chei-Li

debió hablar con alguien que trabajaba en la sala de ruletas, y aquel alguien se encontraba aún allí.

Fuese quien fuese, le diría lo que la muchacha no llegó a revelar.

—Descendió a la sala de ruletas, donde seguía el tumulto. Algunos policías uniformados habían entrado de repente y trataban de poner orden en aquello. La dama otoñal que siempre invitaba a tomar el té a los jóvenes, se había sentado en un rincón y contemplaba tranquilamente una revista donde docenas de gimnastas exhibían sus bíceps.

Johnny se acercó a uno de los *croupiers*.

—Usted conocía a

Chei-Li

—dijo.

—Sí. Era una de nuestras mejores empleadas.

—Unos momentos antes de morir estuvo en esta sala y habló con alguien. ¿Con quién?

El *croupier* miró en torno suyo escrutadoramente, buscando con los ojos a alguien.

—Habló con François, el corso.

—¿Y dónde está François?

—Eso es lo que me pregunto yo. ¡No hace ni cinco minutos estaba aquí! Ah, ahora recuerdo... Le han llamado por teléfono.

Se acercó la ventanilla donde cambiaban las fichas, cerca de la cual había una cabina telefónica. Johnny le siguió.

—¿Ha hablado por teléfono François? —preguntó el *croupier*.

—Sí, cuando había más jaleo —dijo el empleado de la ventanilla—. Yo mismo le llamé, porque la centralita está ahí —la señaló—. Habló apenas medio minuto y luego salió corriendo.

—¿Con quién habló? ¿Captó usted algo de la conversación? —preguntó ansiosamente Johnny.

—No, no pude entender nada. Dejé la conexión en la cabina y no me preocupé de más. El tenía la puerta abierta, pero era imposible oír lo que decía con tantos gritos. Lo único que sé, porque recogí la llamada yo, es que le telefoneó una voz de hombre.

—¿Oriental o inglés?

—A juzgar por el acento, era inglés.

Johnny apretó los labios. Un inglés en Hong-Kong...

¡Menuda pista! Era como tener que buscar una determinada hawaiana en Hawai. Tuvo la sensación de que no volvería a encontrar a aquellos dos hombres a menos que, por una especie de milagro, diera con el tal François y le obligase a hablar. Pero sobre eso se hacía pocas ilusiones.

No se sorprendió en absoluto cuando un policía uniformado entró corriendo en el local y se dirigió aguadamente a la ventanilla de las fichas.

—¡Eh! ¿Pero qué clase de líos tenía François, el corso? ¡Acaban de hacerlo saltar de un coche a doscientos metros de aquí, con el cuerpo convertido en un colador! ¡No me lo explico!

Johnny, en cambio, veía la cosa muy clara.

Sin duda los dos asesinos le seguían, y así estaban al tanto de todas sus averiguaciones. Habían observado que él hablaba con Chei-Li.

Habían visto también que ésta, a su vez conversaba con François. Se dieron cuenta de que el principal peligro estaba en que ésta transmitiera a Johnny lo que acababa de averiguar, y la eliminaron. Luego trataron de matarle a él, pero hubieron de batirse en retirada para no probar el sabor de una lanza hawaiana. Desde fuera, sin perder un minuto, habían telefoneado a François, prometiéndole sin duda una recompensa en el caso de que no dijese lo que sabía. Incluso seguramente debían haberle asegurado que le darían la recompensa en el mismo instante, si acudía a un determinado lugar muy cerca de allí. Y François, el tonto, había ido a por su premio. Johnny pensó que aunque no había cobrado en plata, había cobrado en plomo. Al fin y al cabo todo era cuestión de matices.

Lo peor era que él se encontraba casi como al principio, con sólo una novedad: Ahora sabía que los dos asesinos, por la causa que fuera, eran personas de una cierta importancia en Hong-Kong.

Chei-Li había empezado diciéndole que estaba metido en un buen lío. François había salido del local y acudido a la cita porque tenía un principio de confianza en aquellos dos hombres, a pesar de lo que les había visto hacer. ¿Pero quiénes eran? ¿Por qué se les podía temer y al mismo tiempo inspiraban una cierta confianza?

Johnny cerró un momento los ojos.

Sentía vértigo.

Dio unos dólares de propina al *croupier* y salió de allí. Las calles adyacentes estaban llenas de un público heterogéneo donde uno podía encontrar representantes de todas las razas del mundo y de todos los sexos, es decir el masculino, el femenino y el mixto.

A poca distancia de allí, una hilera de policías y un bulto cubierto con un lienzo blanco, indicaban el lugar donde François había caído para siempre, después de cobrar su última propina.

Pero Johnny no se detuvo.

NUEVE

Los dos hombres entraron en el despacho del superintendente Donovan. Iban, como siempre, enfundados en sus gabardinas claras y en sus trajes espesos, debajo de los cuales debían reposar las fundas axilares con las pistolas. También iban impecablemente enguantados, como unos *gentlemen* británicos, a pesar de que en Hong-Kong volvía a hacer calor.

Donovan, que examinaba unas fotos del cadáver del *croupier* corso François, les recibió con un gruñido.

—He de felicitarles, amigos. Lo están haciendo muy bien. Pero que muy bien.

Stick y Baynes se sentaron impasibles al otro lado de la mesa.

—Parece que no está de muy buen humor, Donovan.

—¿Cómo he de estarlo? ¡Infiernos! Ayer asesinaron a una muchacha en una sala de «fan-tan»

y a un *croupier* a menos de doscientos metros del mismo sitio. Ustedes estuvieron allí y no hicieron nada.

—¿Cómo sabe que estuvimos allí? —preguntó Stick—. Nunca nos ponemos en contacto con la policía oficial.

Nosotros somos agentes especiales y en paz. Ni damos ayuda ni la pedimos.

—Un empleado de la sala les oyó dar sus nombres a un fulano raro, una especie de salvaje que manejaba una lanza hawaiana y que luego escapó. ¡Menudo lío! ¡Lo que me faltaba! ¡Salvajes con lanzas y todo en mi demarcación! ¿Y ustedes qué hacían?

—Seguíamos una pista.

—¡Pues continúen así, amigos! ¡Estoy pensando que me

equivocé al darles vela en este entierro! ¿Por qué no se quitan de una vez esas malditas gabardinas? ¡Parece mentira que tengan experiencia en asuntos orientales! ¡Eso está muy bien en Londres, pero no aquí! ¡Se ve a cien millas que son polizontes! ¡Y ahora hagan el favor de decirme que les trae por mi despacho, antes de que yo también empuñe una lanza!

Baynes dijo imperturbable:

—No vocifere, Donovan. Estamos estrechando el cerco, y dentro de muy poco podremos darle pruebas concretas de ello. Esos resultados consistirán en que la banda de traficantes será aniquilada.

—¿Y el *stock*?

—Será recuperado, naturalmente.

—¿Cuándo?

—Denos un plazo de un par de días.

Donovan lanzó un bufido.

No podía negar que la policía oficial de la cual podía disponer era completamente impotente en aquellos casos. A

Hong-Kong

se la consideraba una ciudad en cierto modo libre, es decir que se gobernaba a sí misma. Elio significaba que tenía sus propias leyes, sus extrañas costumbres, sus misterios insondables, y que la policía no podía penetrar en todo aquella. Hacían falta tipos que pertenecieran en cierto modo a la sociedad secreta de

Hong-Kong,

como Stick y Baynes. Pero aquellos dos hombres, que tantos éxitos habían cosechado en otras ocasiones. —Donovan tenía unas fichas muy completas sobre este particular— en aquel caso parecían estar fracasando rotundamente.

A menos que, como ellos decían, estuvieran estrechando el cerco antes de la matanza. Quizá todo era cuestión de paciencia. Cada investigador tiene sus métodos.

—¿Conocen al menos al salvaje de la lanza? —preguntó.

—Claro que sí... Es un individuo inglés, un tipo llamado Johnny. No se sabe bien qué infiernos hace en la ciudad, pero el tipo vive como un pachá en el hotel de la Serenidad. Podíamos haberlo detenido hace tiempo, caso de interesarnos, pero es mejor darle cuerda. Puede llevarnos a sitios que valgan la pena.

—Lo único que yo sé —gruñó Donovan—, es que mis superiores van a llamarme la atención si esto sigue así. No quiero pensar en lo que sucederá, si además ese cargamento de drogas logra salir de la ciudad y empieza a ser distribuido por la costa americana del Pacífico. Me faltan pocos años para retirarme tranquilamente y no me gustaría ser destituido ahora y enviado a una oficina a archivar expedientes a menos que...

—¿Qué?

Los dos le miraban interesados.

—... A menos que esos expedientes sean los de su defunción, Stick y Baynes. No puedo decirles lo muy simpáticos que me resultan.

Los dos apretaron los labios a la vez. Y se pusieron en pie a un tiempo, siempre como si fueran un solo hombre.

—Tendrá resultados dentro de dos días, Donovan.

Salieron, y una vez en la puerta Stick movió una de sus manos enguantadas para hacer funcionar el ventilador. Pero Donovan, precavido, había retirado esta vez los papeles de encima de la mesa.

DIEZ

Johnny no se había levantado temprano aquella mañana. Después de la muerte de

Chei-Li

sentía un hondo abatimiento. La noche anterior, comprendiendo que no podría dormir, se había tomado dos pastillas de somnífero, y como suele ocurrir en tales casos, éstas le habían causado efecto cuando ya empezaban a insinuarse las primeras luces del alba. Hacia las diez, el joven necesitó tomar una larga ducha helada para empezar a despabilarse.

No fue al piso superior, a la habitación de Liz, porque supuso que ella estaría dormida aún. La muchacha le había confesado que no podía conciliar el sueño durante las primeras horas.

Desayunó y descendió a la planta baja. Tenía intención de comprar los periódicos de la mañana para saber cuál era la versión oficial de lo acaecido en la sala de «fan-tan».

No había empezado a hojearlos cuando le hicieron una señal desde el departamento de conserjería.

—Ha llegado este sobre para usted, señor. Lo han traído en el reparto de hace unos quince minutos. Es urgente.

Johnny tomó el sobre. Diablos, claro que era urgente. Y el abultado envoltorio pesaba bastante, lo cual indicaba que había copioso material en él.

Con un suave gesto, el joven lo abrió, tras separarse unos pasos de conserjería.

Había visto ya el matasellos de Camberra, Australia, y el membrete de la agencia de detectives a la cual encargó las investigaciones.

Ya era hora de que le dijese algo, de que pudiese saber quién había matado a su amigo Percival, sin dejar detrás de sí, según la policía australiana, «rastros de culpabilidad».

Desdobló un largo informe en el cual se le daban amplios datos de la mujer, color de sus ojos, cabello, incluso peso. Se especificaban sus actividades hasta entonces y se acompañaban dos fotografías, una de ellas de cuerpo entero, para que no cupieran dudas.

Johnny miró aquellas fotos.

Una de ellas resbaló de entre sus dedos. Ni siquiera se dio cuenta de que caía.

Con paso inseguro, sintiendo que le dominaba el vértigo, avanzó hacia conserjería.

—Dígame —susurró con una voz que no le parecía de él mismo—. ¿Sabe si ha salido la señorita Liz?

ONCE

El conserje parpadeó.

—¿Se refiere usted a aquella chica que está...? —Y lanzó dos silbidos—. Pues sí, ha salido.

El rechinar de los dientes de Johnny debió oírse en todo el inmenso vestíbulo del hotel.

—¿Cuándo?

—Hará una hora.

Johnny apretó los puños. Se había ido sin avisar... Claro que, una hora antes, ella no sabía aún que había llegado aquel sobre de Australia. Ella no podía saber que él, Johnny, iba a averiguar dentro de poco la identidad de la mujer que mató a Percival en Australia.

¡Una mujer que no era sino ella, Liz!

¡Liz una asesina!

Johnny, sin una palabra más, corrió hacia las escaleras. Ni siquiera tuvo paciencia para aguardar uno de los ascensores, todos los cuales funcionaban en aquel momento. Subió como un bólido los ocho pisos hasta detenerse, jadeante, ante la puerta de Liz.

Ésta se hallaba abierta. Una doméstica china limpiaba el polvo con un aspirador, mientras otra cambiaba las ropas.

Le miraron con sus rostros inescrutables, con sus ojos que parecían contemplar desde siglos y siglos de distancia.

—¿Buscaba a alguien, señor?

—La ocupante de esta habitación... ¿Dónde está? ¿No ha dejado ninguna nota?

—Ninguna, señor. Nosotras estamos limpiando la habitación porque ha quedado libre. Pero si quiere hablar con la nueva huésped, señor...

Johnny se volvió. La nueva huésped estaba justo tras él. Sonreía

con su dentadura bien cuidada y le miraba ávidamente con sus ojos otoñales. Era la dama del té.

Johnny aulló:

—Noooo...

Y descendió otra vez como un bólido. Le era preciso averiguar dónde estaba Liz, necesitaba saber en qué maldito lugar de Hong-Kong había conseguido ocultarse.

¿Pero cómo saberlo?...

DOCE

El doctor Spencer sonrió, mientras invitaba a la muchacha a sentarse. El también lo hizo frente a Liz, y le ofreció cigarrillos. Tuvo que parpadear dos o tres veces al ver cruzar las piernas a la chica.

—No, gracias —susurró Liz—. Fumo muy poco.

—¿Qué la ha impulsado a venir aquí, Elizabeth? ¿Por qué quiere un empleo en la pagoda china?

—Puede llamarme Liz, doctor Spencer. Todos mis amigos me llaman así.

—Se lo agradezco. ¿Pero qué le ha hecho venir a este extraño lugar?

—Dos cosas, doctor. La primera de ellas, el hecho de que tuve ocasión de conocerle en el club de golf, cuando usted atendió a... bueno, a aquel joven llamado Johnny, y se mostró muy amable conmigo, lo cual me hizo pensar que era usted persona cordial y llena de sensibilidad. La segunda razón es que he oído decir que usted no tiene aquí ayudantes.

—No —reconoció Spencer—, ningún occidental quiere venir a esta maldita casa de los muertos. Por eso mismo me extraña que venga a ella, una chica tan bonita como usted. ¿Es que una ciudad como

Hong-Kong,

tan llena de variedad, no puede ofrecerle mejores perspectivas?

—Yo soy enfermera diplomada, doctor Spencer —musitó Liz—. Una buena enfermera, si me permite decirlo. Podía haber buscado colocación en las diversas clínicas occidentales de la ciudad, pero en ninguna de ellas hubiera tenido la seguridad de un empleo inmediato. Además aquí es muy difícil que venga a buscarme nadie.

—¿Es que huye, Liz?...

Ella cerró un momento los ojos. El médico no pudo ver así la nube de tristeza que los había cubierto. Cuando volvió a abrirlos, la pulposa boca de Liz trataba de sonreír con indiferencia.

—Simplemente trato de evitar problemas, doctor. Unas complicaciones que me serían muy molestas.

—¿Algún hombre?...

—Los hombres son la maldición y el problema en la vida de las mujeres como yo. Sí, se trata de un hombre.

—En ese caso tiene razón, Liz. No es fácil que venga a buscarla a esta casa de la muerte. Por supuesto, queda admitida.

—¿En qué consistirán mis obligaciones, doctor Spencer?

—En ayudarme a reconocer a los enfermos y en practicar los análisis que le indique. Disponemos, claro está, de un pequeño laboratorio. El gran problema aquí consiste en que algunas personas pueden ser salvadas. Otras no, y en ese caso las dejamos sencillamente que mueran.

—Eso siempre me ha parecido... espantoso.

—También los occidentales, prácticamente, dejamos morir a nuestros deudos cuando sabemos que no hay remedio, con la única diferencia de que preferimos que lo hagan en casa. Los chinos, en cambio, consideran que es más digno y respetable traerles a morir aquí. Para muchos de ellos, esto tiene la dignidad de un templo.

Liz susurró:

—Sí, claro...

Llevaba poco tiempo en Oriente. Aún no había comprendido las costumbres, pero tuvo la sensación de que dentro de unos meses, un año tal vez, se habituaría a ellas. Aunque nos creamos muy independientes y muy libres, los seres humanos, al fin y al cabo, obramos la mayor parte de las veces por pura rutina.

De pronto añadió:

—Sólo impongo una condición para quedarme, doctor.

—¿Cuál es?

—Debo cuatrocientos dólares en el «Hotel de la Serenidad». He depositado mi equipaje en conserjería, prometiendo que iría a recogerlo y a saldar la cuenta. Necesitaría esos cuatrocientos dólares como anticipo de mi sueldo, doctor.

Spencer sonrió.

—No hay inconveniente, claro.

Extrajo de un cajón un talonario de cheques y cubrió uno por la cantidad que Liz le había indicado.

—Lo haré llevar al hotel en seguida —dijo—. Por cierto, ya que usted tiene interés en que no se la encuentre, creo que sería dejar una pista demasiado clara si el equipaje lo trajésemos aquí. Lo más prudente será hacerlo recoger por una agencia de consignaciones. Luego lo haré traer a la pagoda.

—Me parece muy correcto, doctor. Y... no sabe hasta qué punto se lo agradezco.

Spencer sonrió mientras encendía un cigarrillo.

—¿Qué ha habido entre usted y aquel muchacho, Johnny, para que las cosas se pusieran tan mal?

—¿Cómo sabe que huyo de Johnny?

—Caray, eso resulta muy fácil de adivinar...

Liz sonrió también, aunque pesarosamente.

—Sí, tiene razón. Huyo de él... Pero las razones por las que lo hago son estrictamente privadas.

—Lo comprendo, y respetaré su pequeño secreto.

El doctor Spencer se puso en pie. Oprimió un timbre del despacho, y al instante se presentó un pequeño criado chino, que se deshizo en reverencias ante él y la muchacha. Spencer le tendió el cheque y le indicó lo que debía hacer.

Media hora más tarde, la cuenta en el hotel estaba saldada y el equipaje de Liz era retirado por el mozo de una agencia de consignaciones. En aquellos momentos Johnny aún no había bajado a conserjería y por tanto cuando él descendió ya todo había concluido.

La pista de Liz acababa de perderse.

La sala era muy grande. Había en ella docenas de esterillas, en el mismo suelo, y sobre cada una de ellas gemía un cuerpo amarillo. La mayor parte eran viejos, pero había también algunos niños e incluso jóvenes de singular belleza, a las que la proximidad de la muerte no había logrado deformar aún. A causa de las ventanas semicerradas y de la miseria de todos aquellos cuerpos, muchos de los cuales eran una pura llaga, la atmósfera se había hecho nauseabunda.

Liz tuvo que cerrar los ojos.

No podía soportar la visión de aquellos niños, pocos afortunadamente, que también iban a morir.

—¿Pero no es posible salvarlos? —balbució.

—Por desdicha ya no. Todos son víctimas de enfermedades incurables, o de dolencias que fueron curables hace tiempo y ahora han progresado sin remedio. Cuando llegan a esta sala, situada en el tercer piso, ninguno de ellos puede salir a no ser muerto.

Le señaló unas esterillas, cuyos ocupantes ya no se movían. Dos chinos silenciosos y taciturnos se apresuraron a retirar aquellos cuerpos que luego serían entregados a sus familiares. La piadosa y extraña ceremonia de la muerte habría terminado entonces. Los parientes celebrarían a continuación una gran comilona para honrar al difunto y para mitigar su propio dolor.

El doctor Spencer susurró:

—Abajo está el departamento de entrega de los cuerpos de los familiares, mi despacho y una sala de control. En el segundo piso colocamos a los enfermos que creemos son susceptibles de curación, y los reexpedimos a los hospitales o los devolvemos a sus familiares. Ésta, por el contrario, es la sala donde la esperanza ya no existe. El que penetra aquí, sólo sale muerto.

—¿Y... no tienen miedo? ¿No tratan de escapar los que se ven en esta sala horrible?

Spencer señaló la puerta, que era de seguridad y se cerraba desde fuera. Las ventanas sólo estaban entreabiertas por sus cristales más superiores y dejando poco espacio, de modo que un cuerpo humano no podía pasar por allí.

—Los cristales son de seguridad —indicó el médico—. Ni aun con un hacha podrían ser rotos. El que entra aquí ya no puede salir más por su propio pie. Incluso, aunque pidiera auxilio, las autoridades no tienen poder para entrar en esta sala.

Liz tuvo un estremecimiento.

No supo bien por qué, pero sintió frío en la columna vertebral.

Se imaginó a sí misma allí, gimiendo, sin esperar ayuda, aguardando tan sólo la hora fatal de la muerte.

Hubo de cerrar los ojos y apoyarse en una de las paredes. La dominaba una invencible sensación de vértigo.

La voz del doctor Spencer pareció llegar desde muy lejos.

—En cuanto a lo que me ha preguntado antes, no todos se

asustan ni se sienten desgraciados aquí. El oriental acepta con mucho más fatalismo que nosotros la idea de la muerte, y terminar sus días aquí le parece honroso y digno. Fíjese en que algunos viejos incluso tienen caras de satisfacción, dentro de su agonía. Los que se asustan son los niños, que a veces lloran y lanzan gritos, pero los mismos que están a su lado los ayudan y los consuelan. Créame, todo es cuestión de mirar las cosas desde el punto de vista oriental. Se acostumbra uno pronto.

Salieron, y Spencer cerró la puerta a su espalda. Era muy sólida. Imposible abrirla desde dentro.

A Liz le pareció que tras ella se cerraba una tumba.

Descendieron los dos silenciosamente. A Liz, mientras bajaba al piso inferior le pareció, no supo bien por qué, que salvaba su vida.

TRECE

Johnny iba de un lado a otro de Hong-Kong.

Sus ojos errabundos intentaban captar la imagen de Liz, que debía estar en algún sitio de la ciudad inmensa. ¿Dónde debía haberse ocultado? ¿En qué hotel? ¿En qué tugurio miserable quizá? ¿Habría salido de la colonia para volver a Australia?

Nunca Johnny había corrido tanto en una sola mañana. Fue a todas las agencias de viajes, a los hoteles, a todas las pensiones y casas de huéspedes, incluso las de más miserable categoría. Buscó las huellas de Liz en todos los lugares a donde ella podía haber ido, pero sin hallarla.

Al atardecer, cansado y hundido moralmente, dominado por un presentimiento que no podía evitar, se dio cuenta de que no había adelantado absolutamente nada.

De que a Liz no la encontraría ya nunca.

* * *

—Éste es el único lugar de Hong-Kong

donde a Johnny no se le ocurrirá buscarla —dijo calmadamente el doctor Spencer—. ¿Cómo va su trabajo, Liz? ¿Se siente cansada?

La muchacha, que ceñía su cuerpo escultural con una bata blanca, levantó la vista de las radiografías para mirar a Spencer.

—No, no estoy cansada, doctor. Y reconozco que éste es un lugar maravilloso para aprender. Hay toda clase de enfermedades, todo tipo de síntomas. Una semana aquí vale más que un año de experiencia en un hospital cualquiera.

—Celebro que piense así, Liz.

La tomó por el brazo y la condujo amigablemente hacia la puerta. Volvió a ofrecerle cigarrillos, y ahora ella aceptó.

—Tenemos que hacer una inspección en el piso superior —dijo Spencer—. ¿Le molestará subir otra vez?

—No, puesto que es mi deber.

Subieron por las empinadas escaleras. Todo estaba lleno de una luz amarillenta, dorada y mortecina. Los cánticos de los agonizantes del tercer piso llegaban mortecinos hasta allí. Todo producía el efecto de una visión de vértigo.

El doctor Spencer abrió la puerta.

Los cánticos cesaron, con una especie de religioso temor, y la atmósfera nauseabunda volvió a rodear a Liz, que de nuevo se sintió acometida por una sensación de aquellarle, de una pesadilla.

Spencer se acercó a un ángulo de la sala, pasando por entre las esterillas de los agonizantes, y señaló tres grandes bultos humanos, perfectamente enfardados con tela gruesa y que llevaban un sello especial que acreditaba su macabra procedencia: la pagoda china.

—Son cadáveres que tendrán que ser trasladados abajo —indicó—. Sus familiares vendrán a buscarlos esta noche.

—Comprendo, pero... ¿por qué han sido embalados de ese modo? Ni que fueran un paquete de mercancía...

—Son, en realidad, como un bulto de mercancía. Deben ser llevados fuera de Hong-Kong,

para ser enterrados en las islas, e incluso en algunas zonas costeras de la China Roja. Los embalamos y preparamos por una elemental medida de higiene, y en cada envoltorio colocamos un sello que acredita su procedencia. De ese modo nadie tiene que abrirlos.

—Ya... ya me doy cuenta.

Spencer rió silenciosamente, como si le divirtiera el temeroso asombro de la muchacha.

Algo había cambiado en él.

Un brillo distinto, más agudo, quizá más cruel, se insinuaba detrás de los cristales de sus gafas.

La muchacha intentó no darse cuenta de aquel cambio.

En realidad no tenía explicación.

¿Por qué pensar que Spencer podía ocultar algo? En cierto modo

era absurdo.

El puso una mano sobre la mórbida cintura de Liz.

La muchacha tuvo un estremecimiento, pero no se retiró.

Seguía sin querer captar el sutil cambio observado. Sin darse cuenta de que algo nuevo sucedía.

La mano descendió por su cadera ancha, llena, pujante de vida.

—Es una lástima —susurró Spenser.

—¿Lástima... el qué?

—Que tengas que quedarte aquí.

—¿Dónde? ¿En la pagoda china?

—No. En esta sala.

Todo el cuerpo de Liz sufrió un estremecimiento, una auténtica sacudida.

Sin embargo, aún intentó no hacerse cargo de la realidad. Aún trató de tener fe en el extraño mundo que la rodeaba.

—Debo confesarte —susurró Spenser— que me ha divertido mucho el que tú misma vinieras aquí. Precisamente estaba tratando de idear algún medio para atraerte, cuando tú misma te has presentado. Éste es un lugar ideal para desaparecer; el mejor sitio que hay en

Hong-Kong.

¿No tienes curiosidad por saber lo que se oculta en esos fardos, que en realidad no contienen cadáveres?

Liz se sentía aturdida. No comprendía nada de aquello, y estaba en esos momentos muy lejos de imaginar la realidad. Lo primero que pensó fue que el doctor Spenser tenía alguna apetencia física sobre su cuerpo. ¿Pero por qué hablaba entonces de dejarla allí, en la sala de los muertos? ¿Qué incomprensible abismo era aquél?

Spencer volvió a sonreír. Su sonrisa era cuadrada y burlona.

—Esos fardos contienen muchos millones en drogas. El alijo más importante que ha llegado a

Hong-Kong

en los últimos treinta años. Nadie acertará a buscarlos aquí, ni nadie sabrá tampoco que ha salido de la colonia. Tal como los ves, esos fardos desembarcarán en San Francisco y serán trasladados directamente a su famoso barrio chino. Desde allí empezará el reparto por todo el país.

Liz comprendió de pronto, y le pareció que quedaba sin

respiración. Su boca se abrió cómicamente. No tuvo fuerzas ni para lanzar un grito.

—Para traer la mercancía hasta aquí necesité gente —susurró Spencer—, y hube de valerme de algunos de los antiguos pandilleros de Gaynor, el actual dueño del club de golf. Gaynor ha dejado el negocio, pero conserva a varios de sus antiguos compinches, hoy transformados en camareros o profesores de cultura física. Yo me serví de ellos, sin que Gaynor lo supiese. Por eso estaba en el club cuando Johnny llegó. Yo mismo indiqué a uno de mis hombres que lo eliminase. Cuando entré en el vestuario, me encontré con que aún vivía. No me atreví a matarlo yo mismo, y decidí entonces captarme su confianza. Era una especie de seguro para poder eliminarlo más tarde.

La mano seguía en la cadera de Liz, pero ella no lo notaba. Sus ojos, dilatados por el asombro y el horror, estaban fijos en la cara del médico.

Éste prosiguió:

—Pero no sólo debía desaparecer él, sino también tú. No sabía cómo captuarte, ya que una mujer bonita siempre deja más pistas que un hombre, y tú misma has venido a ofrecerme la solución. Muy bien. Te quedarás aquí. Nadie vendrá a ayudarte ni podrán escuchar tus gritos. Esa puerta se abrirá varias veces, para retirar los muertos y entrar nuevos agonizantes, pero siempre seré yo el que ordene lo que ha de hacerse. Ningún delegado del Gobierno, ningún policía, puede entrar aquí sin mi permiso. Tu agonía será lenta, Liz, la muerte más angustiosa que un ser humano haya vivido en esta ciudad desde hace muchos años. Pero cuando hayas muerto —y no tardarás más de tres días en ello— serás honrada como una auténtica dama china. Te envolveremos también en una tela sellada y serás entregada a una familia rica, como si fueras en realidad el cadáver de uno de sus deudos. Ellos te enterrarán con todos los honores. Reposarás para siempre en cualquier isla perdida del Mar de la China. Un lugar enigmático para la tumba de una mujer bonita...

Liz no se dio cuenta de que aquella mano se retiraba de su cadera poco a poco.

No se percató de que el doctor retrocedía, dejándola sola.

La respiración le fallaba. Tenía la sensación de que el corazón

iba a paralizársele de un momento a otro. Sus manos se asieron febrilmente a una de las mesas en que reposaban los «cadáveres» — aquellos cadáveres que valían millones— porque de lo contrario hubiese caído bruscamente, a tierra.

Cuando ya Spencer estaba casi en la puerta, se dio cuenta de la terrible realidad.

¡Iban a dejarla sola!

Corrió hacia allí sobre sus altos tacones, saltando por entre las esterillas, seguida por las miradas vidriosas de los agonizantes, hasta llegar a la puerta. Pero para entonces ya el doctor Spencer había desaparecido y la puerta se había cerrado como la losa de una tumba.

Liz la golpeó con ambas manos, gimió, gritó, hasta que sus rodillas vacilaron y resbaló poco a poco, pegada a la puerta, con el rostro bañado en lágrimas de muerte.

Docenas de rostros impasibles, unos con apariencia humana, otros sin aspecto ya, se habían vuelto hacia ella.

En las almas de los que iban a morir no encontró eco aquella agonía, aquellos gritos que no comprendían.

Sólo los gemidos de Liz se escuchaban en aquel silencio espantoso, en la lúgubre fetidez de aquella sala de los muertos.

CATORCE

Johnny sentía como si el aire, a su alrededor, se hiciera más espeso e irrespirable. Su corazón parecía haberse llenado de un inmenso vacío. Los nervios estaban a punto de estallar.

Acababa de salir de la agencia de consignaciones adonde había sido trasladado el equipaje de Liz, y allí unos chinos imperturbables acababan de decirle que el equipaje lo había recogido la misma interesada, marchando después a un lugar que, naturalmente, ignoraban. Esto podía ser cierto o ser una cochina mentira.

Una propina repartida a tiempo por alguien quizá había bastado para que aquellos hombres dijese lo que les convenía decir. Pero Johnny estaba seguro de que no lograría sacarles de su mutismo, de su indiferencia.

No le dijeron más. Para ellos era como si Johnny ya no estuviese allí, como si ya hubiese muerto.

Y ahora Johnny, después de haber estado en el aeropuerto, en las agencias de viajes, en todos los hoteles, sentía que había fallado su penúltima pista. Sólo le quedaba una por seguir, pero en ésta tenía muy poca fe: el dinero o el talón bancario con el que había sido pagada en el hotel la cuenta de Liz.

Sobre la ciudad estaban cayendo las primeras sombras de la noche, y ya

Hong-Kong

empezaba a brillar como una joya, con sus centenares de miles de luces y con sus hileras interminables de anuncios de neón, cuando Johnny entró en el establecimiento de un malayo que vendía antigüedades pero también armas modernas y joyas robadas. Johnny consiguió por poco dinero un revólver y doce balas. Luego tomó un taxi y se hizo conducir a las cercanías de la pagoda china.

Por fin tenía una pista.

El doctor Spencer había cometido un único error, y esa equivocación había consistido en firmar un cheque bancario con el cual fue cancelada la cuenta de Liz. Seguir la pista de aquel talón le había costado muchos esfuerzos a Johnny, pero ahora sabía éste quién era el que había sacado a Liz del «Hotel de la Serenidad».

Johnny empezaba a comprender muchas cosas.

Sus dientes estaban apretados en una mueca áspera; un gesto que sólo presagiaba venganza.

Ahora la gran extensión de hierba marchita que rodeaba a la pagoda china estaba casi materialmente llena de un público heterogéneo, por docenas de hombres y mujeres cuyos rostros amarillos tomaban una tonalidad negra y siniestra a la luz mortecina de las lámparas.

En todas las ventanas de la pagoda había luz. Tras los cristales opacos se adivinaba, sin que una supiera exactamente por qué, el fluir macabro de la muerte.

Comiendo y bebiendo, los familiares de los que agonizaban allí dentro esperaban el inevitable fin. Los hombres habían acudido a la pagoda después de su trabajo, acompañados por las mujeres y algunos de sus hijos. Unos cánticos monótonos, dolorosos y lentos llenaban el aire. Rostros impasibles de hombres y mujeres para quienes el tiempo parecía no existir, miraban hacia las ventanas.

Johnny miró en torno suyo. Era el único occidental en aquel mar de orientales, y tenía que llamar la atención forzosamente. Debía obrar con rapidez si quería tener alguna posibilidad de éxito.

Mientras examinaba el modo mejor para entrar en la pagoda, se le ocurrió pensar que quizá algo fallase. No sería imprudente avisar a la policía. Entraba en un terreno completamente desconocido y no podía dejar al azar ninguna eventualidad.

Un muchachito chino, muy despierto, que caminaba sobre la hierba, acabó de hacerle redondear su idea.

Johnny se acercó a él.

—¿Sabes dónde está la jefatura de policía de Hong-Kong?

—preguntó.

—Sí, señor. Mi padre ha estado detenido allí tres veces.

—Entonces, hazme un favor, muchacho. —Johnny le puso en la

mano un billete de cinco dólares—. Vete allí y pregunta por el superintendente Donovan. Dile que sabes dónde están las drogas. ¿Te acordarás? Las drogas... Que reúna a sus hombres y venga hacia aquí. Dile que no hay que perder un minuto. Si llegas a tiempo te daré cinco dólares más.

El chinito repitió las palabras de Johnny. Había aprendido bien la lección.

—¡Hala! ¡Vuela, muchacho!

Al verle marchar, Johnny respiró más tranquilo. Recibiría ayuda dentro de poco. Por mucho que se arriesgara ahora, siempre tendría una posibilidad.

Se acercó a la puerta de la pagoda, donde montaban la guardia dos corpulentos chinos. Aunque no llevaban armas visibles, su aspecto de «catchers» infundía respeto.

Los dos miraron recelosamente a Johnny, aun cuando en sus rostros aparecían impresas dos clásicas sonrisas de cortesía oriental.

—¿Qué desea, señor? —preguntó uno de ellos en inglés—. Le advertimos que si es periodista no podrá...

Johnny sonrió también.

—¡Qué periodista ni qué cuentos! Yo sólo quería saludaros, muchachos.

Movió ambas manos a la vez, con fulgurante rapidez, y les sujetó por las nuca, haciendo chocar sus cabezas.

Ninguno de los dos llegó a perder el conocimiento, pero sus rodillas se doblaron en el primer instante. Era todo lo que necesitaba Johnny.

Un golpe propinado a cada uno bajo el pabellón nasal, con el borde de la mano, fue suficiente para que cayesen aparatosamente a tierra, Johnny los arrastró al interior, los amordazó con sus propios pañuelos y los ató con sus cinturones. Luego los dejó ocultos en d pequeño cuchitril que servía de portería.

Era posible que alguien, desde fuera, le hubiese visto, pero ningún oriental diría nada mientras sólo sucediese aquello. Unos cuantos puñetazos en lugar sagrado era algo que no comprendían, pero se abstendrían de intervenir por el momento.

Johnny subió por unas amplias escaleras. En el primer piso sólo vio unas camas con unos cuantos enfermos. También había un gran laboratorio vacío. No se advertían rastro de presencia humana.

Johnny subió al último piso y se encontró ante una puerta cerrada herméticamente, de la que surgían unos plañideros cánticos. Sin duda aquél era el gran recinto donde los agonizantes venían a morir.

El joven tanteó la puerta, pero no pudo abrirla. Necesitaba una llave de seguridad que en ese momento no tenía en su poder. Volvió a descender a la planta baja, mientras unas gotas de sudor comenzaban a perlar su frente.

Una flecha le indicó el lugar donde estaba el despacho del director, es decir, el doctor Spencer.

Avanzó lentamente, con todos los nervios en tensión.

El silencio en torno suyo era total, obsesionante. Hasta allí no llegaban los cánticos macabros del tercer piso.

Fue aquel silencio lo que le salvó. El que le permitió oír unos pasos rápidos y furtivos a su espalda.

Johnny se volvió de pronto, con la velocidad de un rayo, y vio que dos chinos armados de puñales se abalanzaban ya sobre él. Iban a darle una muerte callada, pero Johnny se la dio sonora. Los dos secos estampidos de su revólver se unieron al trágico chasquido que produjeron al abrirse las dos cabezas.

Johnny se pegó a la puerta del despacho de Spencer. Luego giró, colocándose a un costado. Había adivinado lo que iba a ocurrir.

Hizo girar el picaporte y empujó con el pie, abriendo la puerta de golpe. Una ráfaga de pistola ametralladora pasó por el hueco, mientras él se pegaba de nuevo a un costado de la puerta.

Johnny rió silenciosamente.

Aquel lenguaje empezaba a gustarle. Éste era el ambiente en que estaba habituado a moverse él, un terreno de violencia amenizado de vez en cuando por alguna ráfaga de plomo. Su voz tranquila advirtió desde la jamba:

—Voy a matarle, Spencer. Voy a tirar sin piedad.

—Hágalo y nunca salvará a la chica.

No se veían, pero ambos conocían su posición. Los dos sabían también que estaban armados.

—La chica me importa menos que un perro muerto —gruñó Johnny—. Precisamente si la busco es para darle su merecido. Ha llegado su último momento, Spencer. ¡Atención, voy a entrar!

Dio un golpe a la puerta, como si efectivamente pensara

atravesarla, y Spencer, nervioso, envió la segunda ráfaga.

Demasiado alta.

Johnny entró casi a ras del suelo, mientras las balas de su metralleta astillaban la parte superior del marco. Vio a Spencer encogido tras la mesa, con los dedos engarfiados sobre una «Thompson». Johnny tiró sobre su brazo derecho, atravesándolo limpiamente y obligándole a soltarla.

Luego se irguió.

Su figura alta, rígida, implacable, era la de un vengador.

Con una sola mano sacó a Spencer del otro lado de la mesa, lo arrojó al suelo y luego le pateó la cara, hasta convertirla en una masa irreconocible.

Spencer gemía, lloraba, se retorció de dolor, pidiendo clemencia inútilmente.

Cuando le pareció que el castigo era bastante, Johnny puso en ple al médico. Le propinó en los riñones un rodillazo capaz de dejarle destrozado para toda la vida y lo hizo salir.

—¡Ahora vas a llevarme adonde está Liz! ¡Condúceme allí o le juro que te romperé la espina dorsal en diez pedazos!

Spencer, gimiendo, empezó a gatear por las escaleras, hacia arriba. Johnny fue tras él.

—Ahora sólo me falta esperar a que llegue la policía —se dijo para sí—. En el fondo no ha sido tan difícil...

* * *

Donovan se paseaba nerviosamente por su despacho, con las manos a la espalda. Daba la sensación de una fiera enjaulada e impaciente cuando la puerta se abrió. Dos hombres vestidos con trajes espesos y gabardinas claras aparecieron ante sus ojos.

—Ya era hora... —refunfuñó Donovan—. ¿Cómo no han llegado antes?

—Nos hemos puesto en movimiento en seguida de recibir el aviso —dijo Baynes—. ¿De qué se trata? ¿Por qué nos ha hecho llamar?

—Porque ocurre algo que sólo puedo resolver por métodos extraoficiales —explicó el superintendente Donovan—. Acabo de recibir un aviso que, pese a su anormalidad, me inspira confianza. Creo saber ya dónde se encuentra el alijo de drogas.

Stick y Baynes se miraron, mientras palidecían.

—¿Dónde?

—En la pagoda china.

—No diga tonterías. ¿Y va a hacer caso de eso? ¡Allí es imposible!

—Cabe un margen de error —reconoció Donovan—, y precisamente por eso les he llamado. Si estuviera seguro rodearía aquello con cincuenta hombres y en paz. Pero si la información es falsa y yo me equivoco, tendré en contra a toda la población amarilla de la colonia y perderé mi puesto. Es necesario que vayan ustedes dos y averigüen qué ocurre. Pero, entiéndase bien, aunque tienen carta blanca para matar incluso, todo lo que hagan será acto de dos ciudadanos particulares, si es que se les llegan a exigir cuentas. Nadie se las pedirá, en cambio, si las drogas están allí. Salgan cuanto antes.

Stick y Baynes se miraron. En sus ojos había una expresión indescifrable.

—De acuerdo —dijo Stick—. Vamos allá.

Se dirigieron hacia la puerta. Cuando ya estaban allí, Donovan les detuvo con una pregunta.

—Sé que es inoportuna mi curiosidad —susurró, pero siempre me he preguntado por qué diablos llevan guantes, si en

Hong-Kong

ya hace mucho calor. No lo entiendo.

Stick se quitó lentamente el guante de su mano izquierda.

—Es por esto —dijo con suavidad—. El guante está relleno, y así lo disimulo mejor. Mi compañero me imita para no desentonar.

Y mostró desnuda su mano izquierda, donde faltaba medio dedo.

Luego salieron los dos.

QUINCE

Rodearon el edificio de la jefatura, se introdujeron por un callejón lateral y avistaron un rápido «Wembley» que aguardaba con las luces apagadas, pero con el motor en marcha.

Dentro esperaban dos hombres que iban vestidos también con gabardinas claras. Pero éstos no llevaban guantes. A ninguno de ellos les faltaba un dedo.

Stick susurró:

—Podéis salir.

Los dos lo hicieron. Tenían un aspecto más bien inofensivo. Eran los dos hombres que Johnny siempre había visto, muy poco después de que intervinieran los dos asesinos.

Baynes dijo lentamente:

—Habéis hecho un buen trabajo. Vosotros os presentabais como Stick y Baynes en todas partes menos en jefatura. Así habéis podido seguir a la gente que significa un peligro para nosotros, y en especial a aquel maldito perro llamado Johnny. Después de actuar nosotros, los dos aparecíais siempre fingiendo iniciar las primeras averiguaciones y alejando así toda sospecha que tuviera relación con dos agentes llamados Stick y Baynes. Hemos podido así exterminar impunemente a todos los que molestaban, pero ahora el trabajo ha terminado. Podéis entregarnos las placas y cobrar vuestra parte.

Los dos hombres lo hicieron.

Sonreían beatíficamente. Nunca habían hecho un trabajo tan sencillo y remunerador como aquél. Al mismo tiempo no podían negar que era bonita aquello de hacerse pasar por policía.

Seguían sonriendo aun cuando Stick y Baynes llevaron las manos bajo sus gabardinas y, en lugar de sacar dinero, mostraron sus

automáticas.

No tuvieron tiempo ni de borrar la sonrisa de sus rostros. Cayeron hacia atrás, con los corazones atravesados sin haberse dado cuenta de lo que sucedía.

Stick y Baynes los cargaron en su coche.

—Bonito par de infelices... —dijo Baynes, por todo elogio fúnebre—. Pero ahora hay que procurar que sus carroñas no estorben. Los arrojaemos a la bahía mientras vamos hacia la pagoda china.

* * *

Liz, al borde de su resistencia, sin poder soportar aquello por más tiempo, había perdido el sentido al ver entrar allí a Spencer y a Johnny. Spencer mismo había tenido que sacarla cuidadosamente, mientras Johnny le seguía amenazando. Luego la puerta volvió a cerrarse.

Y ahora estaban los tres en el despacho. El silencio que les envolvía era mortal. Spencer sentía la sangre gotear desde su brazo herido al suelo, y un sudor lívido cubría sus facciones. Ninguno de los dos hombres, pese a que la inanimada Liz, tendida en un diván, mostraba la totalidad de sus magníficas piernas, la había mirado una sola vez.

—Ahora que me ha indicado dónde está la mercancía —susurró Johnny—, le entregaré a la policía. Lo que hagan con usted no es cosa mía, Spencer. Pero me temo que una horca va a alzarse en el centro del patio de la cárcel de Hong-Kong.

—Yo no he matado a nadie... ¡No me condenarán! ¡No pueden hacerlo!...

—Eso no es asunto mío. Pero poco tendremos que esperar para enterarnos. Justamente ahí llega la policía.

En efecto, unos pasos secos y rápidos, correspondientes a dos hombres, se oían en el pasillo. Johnny miró hacia allí.

Fue a tirar al ver a aquellos dos hombres. Sus dientes rechinaron de rabia al reconocerlos, mientras a sus ojos asomaba una llamarada de odio.

Pero ni Stick ni Baynes le dieron tiempo. Contaban con el factor sorpresa y lo aprovecharon bien.

La bala alcanzó a Johnny en el pecho, haciéndole soltar el revólver. El joven lanzó un estertor, se llevó la mano a la boca, de donde brotaba sangre, y cayó hacia atrás trágicamente.

Spencer se apresuró a recoger su revólver.

—Yo mismo le remataré... —balbució—. Yo acabaré con...

Se interrumpió de pronto al notar el silencio glacial que le envolvía. Los dos hombres, Stick y Baynes, le miraban fijamente. Sus rostros impenetrables no tenían expresión. Sus ojos eran como dos rendijas.

—Por..., ¿por qué me miráis así?

Baynes sonrió. Su sonrisa fue helada.

—Habíamos quedado de acuerdo contigo en ir eliminando a todos los que nos habían ayudado en el transporte de la mercancía —susurró—. Así seríamos menos a repartir. La misma técnica empleábamos los dos en nuestros trabajos anteriores, valiéndonos de nuestra condición de agentes especiales de la policía. Nuestras matanzas se habían hecho famosas, pero todo el mundo ignoraba que esas matanzas eran sólo en beneficio propio... Lo mismo ocurrirá esta vez, Spencer. ¿Pensabas que éramos idiotas? La banda será exterminada, pero la mercancía no aparecerá. Dos siempre reparten mejor que tres, amigo... Lo que hicimos con los granujas del «sampan» vamos a hacerlo contigo, aunque más sencillamente.

La boca de Spencer se abrió de un modo tragicómico.

En el primer momento —pausa que duró varios segundos interminables y angustiosos— no pudo creer aquello.

Era demasiado horrible, demasiado siniestro para ser verdad.

Luego, cuando vio que las pistolas le apuntaban ya, tuvo una última reacción de rabia. Su mano derecha apretó el gatillo del revólver de Johnny casi sin que su voluntad lo quisiera. Stick, alcanzado por sorpresa en la garganta, lanzó un angustioso estertor mientras la yugular rota enviaba al aire un mortal chorro de sangre.

Baynes se dejó llevar por la ira. Sus dientes rechinaron, mientras todo el rostro se le descomponía en una feroz expresión de odio.

—¡Maldito cerdo! ¡Cochino y repugnante canalla!...

Todas sus balas fueron a la cabeza de Spencer. Todas, sin dejar una sola en el cargador. La cabeza quedó convertida en una pulpa gris y fina, que se esparció por las baldosas del despacho.

Baynes aún dio un puntapié al cadáver. Hizo un gesto, para

recargar el arma, y entonces vio un espectáculo increíble.

Johnny se había puesto en pie.

Johnny, tambaleándose, avanzaba hacia él.

No era un ser humano. Ni tampoco un ser vivo ni muerto. Su expresión parecía estar más allá de la tierra. Baynes, asombrado, fue a dar un salto hacia atrás cuando aquellas manos le apresaron la garganta.

Los dos cayeron al suelo. Johnny apretó.

Sabía que iba a morir, porque su herida era grave y con aquel esfuerzo no hacía más que convertirla en mortal. El corazón le fallaba. Eso era lo que sentía Johnny mientras apretaba más y más el cuello de su enemigo: una cosa dulce en el corazón, que estaba ya al borde de su resistencia. Era una sensación de muerte mientras los aullidos de Baynes llegaban a sus oídos.

Una espantosa impresión de vacío mientras apretaba y apretaba, cegado por el odio... Pero todo cesó cuando notó el cuello de Baynes roto entre sus dedos de acero... Todo acabó al caer sin fuerzas sobre su propia víctima, porque el corazón de Johnny había dejado de latir.

EPÍLOGO

Una sensación de insensibilidad, de vacío espantoso, de muerte que va llegando paso a paso.

Eso fue todo lo que llegó a sentir Johnny después de un tiempo que le pareció interminable. Esas impresiones fueron las que sus sentidos llegaron a captar después de una agonía que ya parecía haberle hecho atravesar las fronteras del Más Allá.

Lentamente las sensaciones se fueron concretando. Poco a poco fue capaz de ver unas paredes blancas, una lámpara colgando del techo, dos caras ansiosamente inclinadas sobre él.

Uno de los rostros era el de un hombre desconocido. El otro era... ¡el rostro de Liz! ¡Liz estaba allí!

—Abre los ojos. Quizá... quizá pueda entendernos... —Oyó lejanamente la voz de la muchacha.

Johnny asintió débil, muy débilmente, indicando que podía oír, aunque aún era incapaz de hablar.

—Esa mujer le salvó la vida —dijo el desconocido que ahora vio Johnny que llevaba una bata blanca—. Cuando recobró el conocimiento y vio la situación, tuvo la serenidad suficiente para correr al laboratorio, cargar una inyección con cafeína pura y pinchar directamente en la víscera cardíaca que se había paralizado. De ese modo, y con un hábil masaje, logró hacerlo reaccionar y conservar los latidos hasta que llegamos nosotros. Porque usted ya estaba técnicamente muerto, amigo mío. Y lo que hizo ella tiene mucho más valor por la circunstancia de que tiempo atrás, intentando salvar a un hombre de una crisis cardíaca, aceleró su muerte sin querer. Nunca le agradecerá bastante lo que ella hizo, Johnny...

Johnny logró sonreír débilmente.

Se daba cuenta de que iba a vivir, y de que la vida junto a Liz tomaba un cariz nuevo, un aspecto maravilloso, insospechadamente distinto.

El informe del detective... lo... lo... decía... —Logró balbucir—. Yo te buscaba para... explicártelo... Fue un accidente pero tú... te creíste culpable... Estabas como loca y... por eso huiste del país. No quisiste aceptar la herencia y ésa era la causa de que... de que no tuvieras dinero. Yo... Si yo pudiera... disponer de toda la vida... para hacerte olvidar, Liz...

Ella asintió gozosa.

Sus manos se unieron.

Aquello era más que una respuesta. Era una promesa. Era un eterno juramento de amor.

En aquel momento el médico susurró:

—La nueva dueña de la clínica quiere saludarle, Johnny. Si usted no tiene inconveniente...

La puerta de la habitación se abrió, y en el campo visual de Johnny apareció la dama otoñal de los vestidos vaporosos y del té de las cinco.

La dama se abalanzó hacia él.

—¡Pero si es mi gran amigo! ¡Si es el hombre más difícil y más interesante de

Hong-Kong!

¡Ahora que no puede moverse sí que no se libra del té! ¡Ahora sí que tendrá que ver mis vestidos!

Johnny no pudo resistir aquello.

Eran demasiadas emociones para un hombre que, al fin y al cabo, no había hecho más que defenderse, temiendo dejarse la piel en los brazos de aquella dama.

Perdió el sentido.

FIN

UNA MUJER DIABOLICA

por

ALAR BENET

—Hay muchas incógnitas que espero me resuelva.

—Lo haré con gusto. Puede considerarse como un cadáver que anda. Guardaré mi secreto.

—No se confíe. Puede haber sorpresas.

—En Nueva York, quizá. En mi cuartel general. No pienso regresar a la Metrópoli. Esta noche perpetraré un acto de sabotaje, que cierra mi permisión en los Estados Unidos. Volveré a Australia desde allí...

—Tras el telón de acero.

—Exacto. Tire el cigarrillo. Se está quemando los dedos.

Ted se distrajo un segundo que bastó a Pearce para apretar una automática.

¿Espionaje? ¿Estupefacientes? Una organización criminal capitaneada por...

UNA MUJER DIABOLICA

Una novela de ALAR BENET

Adquiérala antes de que se agote

¡Sale la próxima semana!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



OSBORNE

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*